

HISTORIAS DEMENCIALES



Pedro Belenguer

Lectulandia

El arte de la seducción no está al alcance de cualquiera. Sólo los más audaces son capaces de embaucar a sus víctimas y llevarlas a su terreno hasta que caigan rendidas en sus brazos. Pedro Belenguer nos descubre varias maneras de embaucar a tus víctimas arrastrándolas hasta que muerden el anzuelo del sexo y del morbo. Son éstas unas artimañas inmorales, pero quién dijo que el sexo fuera un juego limpio. Viajamos de la mano del autor hasta lo más recóndito del zoco de Marrakech donde persuadirá a varios jóvenes marroquíes en busca de los más ocultos placeres del sexo árabe; o cómo logra convencer a un atractivo vendedor ambulante etíope de que el sexo entre hombres no está tan mal; o cómo conseguir que el joven futbolista del equipo local caiga rendido a tus pies por un módico precio.

Estas son unas historias, mezclas de realidad y de ficción, vividas en primera o tercera persona, o fruto de una morbosa y desbordante imaginación.

Al fin y al cabo, el mundo del sexo gay está repleto de historias turbias, pero también de bonitas historias de amor que harán las delicias de los lectores satisfaciendo tanto a los más románticos como a los más perversos.

Pedro Belenguer (Pedro José Belenguer Milián, Valencia, 1971). Busca distraer al lector mediante unas historias cargadas de sexo donde expone unas fantasías que a muchos escandalizarán pero que otros sabrán disfrutar de hasta la última coma del texto.

Lectulandia

Pedro Belenguer

Historias demenciales

ePub r1.0

Polifemo7 05.03.14

Título original: *Historias demenciales*

Pedro Belenguer, 2013

Editor digital: Polifemo7

Colaborador: Fil0gelos

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Estas historias son una mezcla de realidad y ficción. Algunos de los personajes son reales y otros inventados, algunos hechos me han pasado en primera persona, otros jamás ocurrieron y unos pocos me gustaría que me sucediesen.

En definitiva, el mundo homosexual está lleno de historias turbias, de sexo, de bonitas historias de amor, crudos relatos de abusos y sin ningún tipo de dudas, de demenciales historias que una vez sufridas, piensas: «Como me meto en estos berenjenales».

Lo que busco en esta breve sucesión de relatos inconexos, es distraer al lector con historias cargadas de sexo, mucho sexo, en las que alguno puede verse reflejado, pero en las que la mayoría dudo que lo hagan.

El autor.

La Oscura Medina

Desde la altura todo parece diferente. Al observar la costa norte africana, se observa la verdadera frontera física entre Marruecos y España, el Mediterráneo. Eso sí, una vez dentro del continente es imposible divisar la artificiales fronteras administrativas entre el resto de países.

Hacía algo más de una hora que había salido del aeropuerto de El Prat en dirección a Marrakech, en uno de esos vuelos *low cost* que son tan baratos como incómodos, pero que si te las puedes arreglar sin facturar equipaje, el bolsillo te lo agradece. Desde el comienzo del vuelo estaba inmerso en una guía de viajes de la que ya había hecho uso un año atrás al viajar a Tánger y la cual estaba orientada al viajero que pretendiera visitar todo el país, desde las ciudades más cosmopolitas de Casablanca y Rabat, hasta las interiores y bonitas ciudades de Fez y Meknes, pasando por las sureñas Merzouga y Ouarzazate; pero, que dedicaba gran parte de su texto a la ciudad imperial de Marrakech.

Por lo que había leído e indagado sobre esa ciudad, había lugares interesantes para visitar como la plaza Djemaa el Fna, las murallas de la Medina, la propia Medina, los jardines Majorelle, la mezquita de la Katoubia, y otros parajes cercanos a la ciudad; aunque lo que verdaderamente me llamaba la atención y me había puesto en alerta es que el 35% por la población eran jóvenes de menos de veinticinco años. Verdaderamente, este dato había creado en mí un deseo irrefrenable de visitar los lugares prohibidos de Marrakech.

De repente el comandante del avión dio señales de vida:

—Señoras y señores pasajeros, iniciamos la maniobra de aproximación al aeropuerto de Menara, donde en quince minutos aterrizaremos. La temperatura es de 25° C, el cielo está totalmente despejado y la hora local es 13:45 horas. La tripulación y el que les habla, desean que hayan tenido un placentero viaje...

Tras pasar el pertinente control de pasaportes y cambiar mis pocos euros por dirham, salí en busca de un taxi. Había leído que los más baratos eran los *petit taxi*, pero rápidamente puede comprobar que no era menester buscarlos, ellos te buscaban a ti:

—*Italiani, italiani, bona sera...*

—Lo siento, soy español, perdone.

—Ah, español, por favor.....

Ya me había cazado. Era un hombre que aparentaba ser bastante más mayor de lo que en realidad era. Cogió mi mochila, abrió el maletero de su pequeño Peugeot, y lo colocó con cierta delicadeza en el interior de su destartado vehículo. Observé que en otros taxis los clientes subían delante, por lo que hice lo propio con la intención de mantener una conversación con el chófer a lo que él accedió gustosamente.

—Quisiera ir al Riad Nordine.

—¡Oh sí! Es un buen Riad, cerca de la plaza, muy bonito. ¿Cómo se llama usted?
—preguntó.

—Carlos, ¿y usted?

—Ahmed, soy de Ourzazate, pero vivo aquí toda la vida. ¿Viaja sólo? ¿Ha dejado su mujer en España?

—No, siempre viajo solo, y no tengo pareja.

Me miró fijamente mientras se acariciaba sutilmente la entrepierna y me hacía una especie de sonrisa, o por lo menos eso quería imaginar yo.

—¿No está casado? Yo estoy casado hace casi treinta años y tengo cuatro hijos, todos hombres.

Me lo dijo, visiblemente orgulloso de haber creado una familia y poder darles de comer. Entonces calculé que habiéndose casado joven, lo habitual en esas latitudes, debía de tener unos pocos años más que yo, cuarenta y tantos, aunque aparentaba estar a punto de jubilarse. Y prosiguió con su particular interrogatorio.

—¿Y por qué no se casa?

—Me gusta estar sólo y conocer gente de todo el mundo, y que disfruten conmigo...

Ahora es cuando le miré yo y deseé que entendiera mi indirecta. Me parece, que mucho antes ya se había dado cuenta de mis intenciones.

—¿Quiere que le enseñe el palmeral? Hay más de doscientas mil palmeras. Ahora habrá poca gente que pueda molestarnos, y estará más tranquilo...

—Claro, me gustaría mucho ir allí.

Volvió a acariciarse la entrepierna, y cuando vio que le miraba fijamente, se levantó la camisa que llevaba sobre el pantalón, asió mi mano izquierda y la puso sobre su muslo derecho. En otro contexto hubiera supuesto que llevaba un arma blanca o similar, pero en esta ocasión pude palpar su miembro erecto como una piedra. No se adivinaba muy grande, pero era tan compacto, que se me hacía muy apetecible. Entonces debió notar que mi excitación ganaba enteros y aceleró su pequeño taxi en busca de la complicidad de unas palmeras, a las que deseaba ver más que nunca.

Tras dejar el casco urbano unos kilómetros atrás, nos desviamos por un camino de tierra que estaba situado a la derecha de la carretera principal. Tras varios cientos de metros, y tras rebasar tres humildes casas ubicadas en el margen izquierdo, y alrededor de las cuales jugaban una docena de chiquillos de no más de once años; llegamos al final del camino, lugar en el que daba comienzo un inacabable palmeral de altísimas y finas palmeras, entre las cuales se podía circular ya que en suelo era duro y tenía pocos obstáculos. Una vez, en el interior de aquel idílico paraje, Ahmed buscó el lugar idóneo para que me deleitase probando el producto autóctono que

había bajo su cintura.

Aminoró la velocidad, se le notaba inequívocamente excitado, miraba en todas direcciones buscando el lugar ideal para observar sin ser observados. Frenó. Volvió a mirar con cuidado alrededor de nuestra posición y sin llegar a apagar el motor del vehículo, se desabrochó sus suaves pantalones de cachemir, y emergió su vigoroso pene circuncidado. Lo cogí con dulzura esperando que él me obligase a tragármelo, y así fue.

—¡¡¡Chupa!!!

Me cogió de la nuca con fuerza, pero sin hacerme daño. Aunque me lo hubiera hecho no creo que lo hubiera notado, y me dirigió la boca a su pétreo glande. Me cabía entero en la boca, era ideal para follar, no muy grueso y muy duro. Por un momento temí que reventaran las venas que circulaban bajo el prepucio. Por un momento quise lamerle los huevos, pero no me dejó. La erupción era cuestión de segundos. No tuvo que avisarme porque instantes antes me apretó las cervicales para fijar su nabo dentro de mi garganta, y empezó a escupir su leche en mi boca. En un principio, no quería tragarme su lefa, pero era imposible almacenarla en la boca y engullí todo su magma testicular mientras gemía en silencio.

Al llegar al Riad, le pagué generosamente y me despedí con un guiño de complicidad tras anotar en la agenda del móvil el teléfono de mi nuevo amigo-chófer Ahmed.

El Riad estaba situado en la misma Medina, en una de las calles más anchas por las que podía circular un turismo de pequeñas dimensiones, por lo que Ahmed me pudo dejar en la misma puerta. Al entrar, una vez atravesado el quicio de la puerta principal había un patio arbolado organizado alrededor de una fuente, y sobre la planta baja emergían dos pisos en los cuales se encontraban todas las habitaciones dispuestas para el descanso y disfrute de los turistas; mientras, que en la parte baja del inmueble se encontraban los espacios comunes tales como cocinas, salones y comedores.

Me recibió una mujer madura que se presentó como Amina, la cual se encontraba en la recepción del Riad, y próximo a ella, estaba su hijo Rachid ataviado con una *djellaba* gris que cubría su delgado cuerpo y unas babuchas amarillas, que estaban perdiendo el color a marchas forzadas por el uso. Ella se mostró extremadamente cortés y me acompañó a mi habitación situada en la primera planta, mientras Rachid permanecía en la recepción en una actitud tímida aunque vigilante.

Amina dominaba el castellano con una soltura exquisita, y tras solicitarme mi pasaporte para poner en regla los trámites administrativos, me aconsejó una serie de circunstancias que ya había leído previamente en la guía de viaje.

—Carlos, aunque Marruecos es un país seguro, es importante que no lleve mucho

dinero cuando salga al atardecer por la plaza Djemaa el Fna, por si algún chico pudiera quitarle algo en un descuido. Allí se reúnen muchos jóvenes necesitados y es mejor no correr riesgos. Si quiere visitar la ciudad o hacer alguna excursión, le puedo dar el teléfono de alguna agencia que nos hace buenos precios, y sobre todo, no vaya sólo de madrugada por la Medina, porque se perderá y puede ser peligroso...

—Gracias, Amina, lo tendré en cuenta. Ahora voy a descansar un poco del viaje y a darme una ducha.

El cuerpo me agradeció la ducha. Había tragado mucho polvo en el palmeral. Y lo que no es polvo. Pero algo me quedó claro, en la plaza y en la Medina podría salir de caza esa misma noche. Lo prohibido me solía parecer lo más sugerente.

Me eché una buena siesta.

Eran las ocho y veinte de la tarde, acababa de oscurecer y el muecín llamaba a la oración. En mi caso me llamaba para cenar. Salí del Riad y a medida que me acercaba a la plaza, oía el inconfundible sonido de ese lugar emblemático, ya olía la fritanga de los múltiples puestos que ocupaban el centro de la plaza. Contadores de cuentos, dentistas, vendedores de naranjas, acróbatas, encantadores de serpientes, puestos de comidas típicas, y sobre todo, muchos turistas y muchos chicos jóvenes deambulando por el lugar.

Estaba hambriento. Lo único que había comido desde el desayuno era la polla del taxista, que en su momento me satisfizo, pero que horas después había perdido sus propiedades nutritivas. Así, que me dirigí a un puesto de comidas, desde el cual podía pasar revista a todo el personal que por allí pasaba mientras degustaba un succulento *tajine de pollo*.

Era increíble. A medida que se acercaba la medianoche, los turistas se iban yendo a sus hoteles, y se veía más claramente las intenciones de los paseantes. Turistas solitarios como yo; chicos jóvenes y atléticos que caminaban junto a ellos cruzando miradas cómplices y algunas palabras solícitas. Incluso pude ver, como alrededor de un cuentacuentos, y mezclados entre un grupo de varias decenas de personas, uno de los chicos se puso detrás de un hombre mayor y comenzó a restregarle los genitales por detrás, lo cual pareció agradarle a éste, y a mí me puso como un potro desbocado.

Decidí participar en el cortejo. Le pedí la cuenta al dueño del puesto de comidas, y tras abonarle el importe, acompañado de su merecida propina, me levanté, y me dirigí a los grupos de personas que rodeaban a los cuentacuentos, alrededor de los cuales, rondaban todos los chicos. Enseguida aprecié la salvaje belleza de aquellos jóvenes. Se notaba que no eran precisamente lo mejor de cada familia, algunos tenían heridas de alguna pelea, a otros se les apreciaba una tez extremadamente bronceada y no cuidada que denotaban una juventud dura e ingrata. Pero a todos ellos se les disculpaban esos pequeños defectos, ya que la mayoría hacían gala de un físico esbelto, unas piernas fuertes y musculadas, unos brazos que al mínimo movimiento

dejaban ver unos bíceps en su plenitud acabados con unas manos grandes y fuertes, y sobre todo, se apreciaba que tras sus pantalones vaqueros habían miembros vigorosos llenos de amor y dispuestos para arrasar con lo que se les pusiera por delante.

Tras unos minutos imaginando lo que me podía deparar esa noche, vi un rostro conocido. Intenté acercarme para hacer memoria y cuando estuve cerca, me acordé. Era Rachid.

—Hola, soy Carlos. ¿Hablas español? *Speak spanish?*

—Buenas noches, Carlos.

Respondió sin poder disimular que le incomodaba mi presencia, pero cambió el semblante y se dirigió en un castellano cuasi perfecto, como el de su madre.

—¿Es la primera vez que visitas Marrakech?

—Sí, ya había estado en Marruecos, pero en Marrakech nunca. Veo que hay muchos chicos jóvenes...

Desde el principio, Rachid sabía de mis intenciones. Casi todos los hombres que viajan solos a esa zona, buscan encuentros esporádicos, y yo no era ajeno a ese grupo. Nos apartamos un poco del resto de los transeúntes y se puso a mi disposición.

Se levantó la camiseta hasta los pezones, y mostró su torso moreno y fibrado. Sonrió cuando advirtió que lo estaba escaneando, mejor dicho, devorándolo con la mirada.

—Rachid, me gustaría que me enseñases la Medina por la noche. Contigo estaré seguro...

—Claro, Carlos. Quiero que disfrutes de tu primera visita a mi ciudad. Me gustaría que me recordaras por haberme portado bien contigo —respondió sonriente.

Giró sobre sí mismo, y comenzó a caminar hacia un callejón oscuro que daba acceso a la Medina. Ladeó levemente la cabeza y con su mano izquierda me hizo una seña para que le siguiera. Lo hice, aunque noté que prefería que lo hiciera a cierta distancia.

Parecía una Medina diferente a la del día. Se encontraba, casi a oscuras, únicamente la iluminaban la luna llena y algunas farolas, que emitían una luz extremadamente tenue.

Anduvimos cerca de diez minutos por estrechas callejuelas, y por el camino nos cruzamos con varios chicos que con la mirada pedían acción y alguna recompensa que les hiciera sacar rentabilidad a sus perfectos cuerpos, pero yo tenía mi chico delante y no tenía la intención de dejarle marchar. Habría otras noches para probarlos a ellos.

Súbitamente entró en un pequeño callejón sin salida y se detuvo en una sombra que parecía expresamente creada para ocultarse, tras él llegué yo. Me cogió las manos con sus duras y curtidas extremidades, y me las puso alrededor de su cintura. Se desabrochó el botón del pantalón y emergió su enorme miembro flácido, pero de unas

dimensiones desproporcionadas. Lo cogí con ambas manos y a la vez le acaricié su enorme y rugoso escroto. Continué masajeando su masculinidad y ésta empezó a cobrar la dureza propia de la edad. Me agaché y me introduje parte del falo en mi boca. Verdaderamente era inabarcable. Entonces él me levanto y me volvió de espaldas a él. Acto seguido frotó su descomunal polla contra mi culo, se llenó la mano derecha de saliva y comenzó a jugar con mi ojete, introduciendo su dedo corazón y provocando una dilatación en mi esfínter que pensé insuficiente para el calibre de lo que se avecinaba. Introdujo el glande muy despacio, el dolor era insoportable, pero mi deseo por sentirlo dentro era mayor. Continué con fuerza. No sabía jugar con los tiempos en la penetración, era salvaje y muy caliente. Me tumbó en el suelo, estaba sucio e intenté no colocarme en esa posición, pero me obligó, sin duda el mando lo tenía él. Después de varias embestidas, introdujo la totalidad de su carne en mi recto, y empezó a bombear semen sin cesar. Me llenó de amor, de la parte más viscosa del amor.

Se levantó, me pidió una ayuda y se marchó. La verdad es que me había dejado con ganas, porque no me había dado tiempo a eyacular. Así que, me limpié un poco de las inmundicias que había adquirido de mi estancia en el sucio suelo del callejón y volví a la plaza.

Se habían ido muchos de los que ocupaban anteriormente el lugar, pero seguían quedando chicos solitarios, buscando su turista generoso. Enseguida, se me puso un jovencísimo chico a mi rebufo, por lo que empecé a alejarme del lugar, a sabiendas de que me seguía. Una vez alejados, un par de calles más adelante, se acercó a mí, y tomó la iniciativa. Se fue caminando, en dirección al casino de La Mamounia, y unos metros más adelante, se introdujo en un oscuro olivar.

Sin decirle nada, se bajó la bragueta, y asomó su pequeño, pero duro miembro. Me cogió del hombro, y me impulsó hacia abajo, orientando mi boca hacia su órgano viril. Mientras se la chupaba, se fue bajando los pantalones del todo, y se dio la vuelta, invitándome a que le comiera el culo, lo que hice sin dudar. Su pequeño, duro y depilado culo, invitaba a hacerle cualquier cosa que pidiera.

Sin duda, el beso negro le excitaba, pero me daba la impresión de que ese culo nunca había sido penetrado por nadie, y yo no iba a ser el primero.

Se volvió a girar, e insistió en taládrame la boca. Aceleró la velocidad y la embestida final, vino acompañada de una corrida intensa. Por suerte, esta vez pude sacarme la polla a tiempo, y me pude masturbar mientras le comía parte de su ser.

Al acabar le limpié su animosa polla, y acto seguido, retiré las últimas gotas de esperma que aún goteaba de la mía.

Cuando le fui a dar algo de dinero, se enfadó ostensiblemente. Quería más dinero. Insistí en que la cantidad era adecuada, pero el enfado del chico fue en aumento. Cuando intenté zanjar la discusión, para marcharme lo antes posible, me cogió de un

brazo, y me gritó en árabe algo que no entendí, pero que sabía perfectamente a que se refería.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja de reducidas dimensiones, que aunque pequeña, me asustó sobremanera. Aunque lejos de la presunta peligrosidad de la Medina, recordé lo que me dijo Amina, y estaba claro que me había metido en un buen lío.

Al final, acabé sin dinero, sin reloj y sin teléfono. Me habían salido caras las dos mamadas, pero me había servido de lección. Los días posteriores, estuve más precavido, pero ya no volví a tener problemas con ningún chico más. Eso sí, no llevaba más que lo justo encima, para no provocar al destino.

FIN

Fuera de vestuario

La noche fue horrorosa. No había podido pegar ojo, así que me fui al bar y desayuné con tranquilidad. Eché un vistazo a la prensa y me detuve en los anuncios clasificados, estaba plagado de putas y putos a disposición del cliente cachondo. Desde «Dos japonesas sin tabúes por cuarenta euros, las dos»; pasando por «Yeray, nuevo chico canario, 23 x 6, últimos días»; hasta «Boby, aññado cañero, treinta euros». Ya empezaba calentito de buena mañana.

Desde el ventanal del bar podía observar la típica imagen de los sábados por la mañana, multitud de chiquitos de todas las edades dirigiéndose a los campos de fútbol del cercano polideportivo, para jugar los partidos de ese fin de semana, algunos acompañados de sus padres, otros en grupos y alguno solitario, unos más grandes y otros más chicos, para todos los gustos. Entonces, pasó por la acera de enfrente un chico latino bastante alto, delgado y con pelo de cepillo rapado por los lados. Iba cargado con una pequeña bolsa de deporte, y se dirigía derecho al polideportivo. Esa mañana el destino quería que viera un partido de fútbol, y así fue.

Al entrar al polideportivo por la puerta trasera, que es la que mejor me venía desde mi posición, había un camino de unos dos metros de anchura cubierto de gravilla blanca. A ambos lados, se encontraban dos hileras de baobabs de baja estatura. Tras éstos, en el lado derecho se hallaba una pequeña ladera de césped que concluía en un muro; y en el lado izquierdo, tras los árboles, tres canchas de tenis y un acceso a los vestuarios. Tras ellos, el campo de fútbol.

Me acerqué a un tablón de anuncios en el que anunciaban los partidos de ese día: «A las 10,30 horas. Juvenil A, local: Instituto Público Azorín vs visitante: Escuela de Fútbol Diablos». Pude suponer que el chaval que me había llamado la atención era del equipo local, por el color de su uniforme y porque se había desplazado caminando al polideportivo.

Me acerqué a la grada, se encontraban ambos equipos ejercitándose previo al inicio del encuentro. Más tarde, una vez inmerso en el fragor del partido, pregunté para estar informado, a un hombre que reunía el perfil de aficionado que no se pierde un partido.

—Buenos días, ¿sabe cómo van clasificados los dos equipos?

—Hola, nosotros estamos sextos, no vamos mal esta temporada; pero los *diablos* van muy sobrados. Líderes destacados, y marcan una media de ocho goles por partido.

—Es que parecen más grandes, ¿no?

—Claro, son juveniles que vienen descendidos de la Liga Autonómica. Tiene todos dieciocho años, y el año que viene jugarán en los amateurs. En cambio, nosotros sólo tenemos cuatro chicos de segundo año y un par de dieciocho, y en estas

edades, esa diferencia de edad y de físico, se nota mucho.

—Aquel chico latino, parece el padre de todos, les saca un palmo.

Sonreímos los dos y añadió:

—Ese chaval es Wilson. Un chico colombiano que lleva un año en el barrio, es de los pocos que ya tienen dieciocho años. Es buen chico, aunque un poco rebelde. Pero es el mejor que tenemos.

El partido concluyó y Wilson jugó todo el partido. El cero a seis hizo justicia de lo que se vio allí. Ambos equipos se retiraron al vestuario, y a Wilson tuvieron que sujetarlo porque quería agredir a un jugador rival. Por lo visto, en una de las últimas jugadas, le hizo una fea entrada un defensor del equipo foráneo a nuestra estrella, el joven Wilson.

Salí del polideportivo y me dirigí a por mi coche que tenía aparcado en las proximidades. Tras dar un par de vueltas a la manzana más próxima al recinto, posteriormente, me acerqué al acceso de las instalaciones esperando que saliera Wilson, y deseando que igual que vino sin compañía, se fuera de igual manera.

Al cabo de veinte minutos salió. Duchado y derrotado. Iba acompañado de dos compañeros y cojeaba un poco de la pierna izquierda, debido probablemente al último lance del encuentro. Siguieron caminando por el perímetro del polideportivo hasta llegar al vértice del mismo, lugar donde se quedaron charlando unos minutos, para a continuación, despedirse y dejar al maltrecho Wilson continuar su camino.

En la sabana africana, cuando una gacela Thompson está herida y se aleja del rebaño, se lo pone muy fácil a leones y guepardos. Pero yo me identificaba más con una hiena, que espera al cervatillo herido.

Dejé que anduviera unas decenas de metros. Me acerqué lentamente con el coche hasta ponerme a su altura, e improvisé una coartada para ganarme la atención del malparado joven.

—Hola, chaval, eres Wilson, ¿verdad? ¿El delantero del Azorín...?

El chico se quedó perplejo, debía de ser la primera vez que un desconocido lo asaltaba así y lo identificaba con esa exactitud. Tras la cara de perplejidad, vino una sonrisa de oreja a oreja y se acercó a la ventanilla del asiento del copiloto.

—Sí, soy yo. ¿De qué me conoce? —Continuó sonriendo.

—Llevo siguiéndote varios partidos. Soy ojeador de un club importante y creo que puedes dar el salto a un equipo mejor.....

Se le abrieron los ojos como platos. La sonrisa pasó a ser una boca abierta de absoluta sorpresa. Estaba visiblemente emocionado y no podía ni articular palabra.

—Bueno, sabía que te sorprendería porque ni tu entrenador sabe nada de esto. De todas maneras, quiero hablar un rato contigo y conocerte mejor antes de tomar decisiones. Normalmente, hablo con los jugadores, antes de hablar con sus entrenadores. ¿Vives lejos de aquí?

—Vivo en el Grupo de la Asunción, cerca de aquí. A unos diez minutos andando.

—De momento, no quiero ni que lo sepan tus padres. Vives con ellos, ¿no?

—Vivo con mi madre y mi hermana pequeña. Mi padre no está en España. Vive en Colombia. Pero no tardará en venir.

Al comentarme la situación de su padre, dejó de sonreír. En ese momento pasó a ser totalmente vulnerable.

—Wilson, sube y hablamos un rato, quiero saber más sobre ti. Tanto en el aspecto deportivo, como en el personal.

—Gracias.

Subió y se quejó del costado izquierdo, se levantó la camiseta para enseñarme un cardenal que le ocupaba gran parte de sus costillas, y se lo toqué fingiendo que entendía de lesiones deportivas. Le apretaba un poco y se quejaba en voz baja; mientras, yo admiraba aquel joven torso perfectamente modelado en el que ya se apreciaban unas abdominales marcadas. Continué fingiendo.

—Lo mejor es que vayamos a un lugar más tranquilo, para que así podamos hablar, y te miro mejor lo del golpe.

—Por mí bien, lo que usted crea que es mejor. Pero no puedo llegar tarde a casa —respondió, mientras se acomodaba en el asiento.

Salí del barrio y me dirigí al parking de un centro comercial cercano. Busqué un lugar más apartado y estacioné el vehículo. Accioné la palanca del asiento donde se encontraba Wilson y recliné totalmente su asiento. Le quité la camiseta, lo puse boca arriba y dócilmente se dejó llevar.

Mientras con una mano le palpaba la zona dañada, con la otra mano le iba recorriendo los pectorales. Le hice ver que el dolor podía transmitirse a la pierna y seguí masajeando hacia abajo. Cuando llegué a la pelvis, le apreté fuerte en el costado para que olvidara la otra mano y fui recorriendo con la mano la zona bajo el ombligo. Le estiré levemente los pantalones hacia abajo y se asomaron los primeros rasgos de masculinidad en su vello púbico, aunque él no se daba cuenta de mis intenciones. Su cabeza estaba repleta de estadios llenos de aficionados y de sus ídolos de futbolísticos. Desde el momento, en que su puso a fantasear con la fama, dejó de pensar en el dolor que padecía en su costado.

—Wilson, ¿te gustaría llegar lejos en el fútbol y ganar mucho dinero?

—Claro que sí, es lo que más deseo, ahora no tenemos dinero en casa y podríamos vivir bien.

—Vamos a ver... Yo podría ayudarte a llegar lejos, y que probaras en varios clubs importantes. Pero hay chicos como tú, a los que yo he ayudado, y que mientras llegan a ese nivel, se ganan dinero haciendo otras cosas...

Se quedó mirando al horizonte con la vista extraviada y juntó los labios, como intentando captar el mensaje. En ese momento estaba mezclando sus ilusiones

adolescentes, con algo desconocido para él.

—Wilson, ¿tienes novia?

—No. Tuve en mi país, pero aquí no —respondió, algo dubitativo.

—¿Y has tenido relaciones sexuales con chicas u otras personas?

—Sí, soy joven, pero ya he hecho cositas...

Al reconocer su escasa experiencia, lógica por otra parte, se ruborizó y bajó la vista.

—No pasa nada, Wilson. Lo que quería decirte, es que hay futbolistas de tu edad que pueden ganarse algo de dinero, haciendo otras cosas mientras juegan al fútbol. ¿Nunca te han ofrecido dinero por tener relaciones con otras personas...?

—No, eso nunca lo he hecho y menos con un hombre.

—Yo lo haría por ti, porque creo que vales, para que ganes dinero y puedas llegar lejos en el fútbol. Si no lo haces así, lo vas a tener más difícil. A otros chicos, que me dijeron que no; no les pude ayudar, y se quedaron jugando en sus equipos, sin poder aspirar a más.

Tras el susto inicial, permaneció en silencio. Le daba vergüenza mirarme a la cara, o quizás, decirme que sí. O ambas cosas.

—¿Y qué habría que hacer...? —preguntó asustado.

—Te lo explicaré. Yo voy a tocarte para que veas que no pasa nada, y te lo iré comentando, para que veas lo sencillo que es.

Wilson se quedó inmóvil en el asiento, mirando hacia el techo, por lo que tuve que esmerarme en relajarle, y hacerle ver que era algo normal y bastante lucrativo.

Comencé a acariciarle el torso y brazos. Pasé rápidamente a magrearle las piernas, que seguían con el pantalón puesto, rozándole levemente con mi antebrazo sus genitales. Cuando lo hice varias veces, empecé a notar que su pene se endurecía poco a poco.

—¿Estás bien, Wilson? Esto es como cuando te haces una paja, pero que te la haga otro —le dije con naturalidad, para que se sintiera más cómodo, aunque seguía algo intranquilo.

—Estoy bien. Como es la primera vez, me da un poco de corte.

Continué sin prisa, pero sin pausa. Metí la mano, sorteé su ajustado slip y acaricié su tronco fálico comprobando que ya había adquirido cierta dureza. Le magreé los testículos. En cuestión de segundos estaba totalmente empalmado.

La excitación en un cuerpo joven, suele darse con mucha facilidad, máxime cuando les recompensas que algún donativo.

—¿Te molesta, Wilson? ¿Si quieres lo dejamos? —mentí.

—No me molesta, hasta creo que me gusta —cerró los ojos mientras se mordía el labio inferior, y hacía una especie de mueca parecida a una sonrisa.

Cuando constaté que Wilson estaba inmerso y dispuesto a continuar con el juego,

le bajé el pantalón hasta las rodillas, y me aproximé a su joven y caliente miembro. Pasé la lengua por su glande, sacándole más brillo del que ya tenía. Relucía.

—Creo que me voy a co... —no pudo acabar la frase, y expulsó su cálido esperma con ímpetu.

Para evitar que se manchara, introduje su nabo en mi caprichosa boca y succioné todo el contenido de sus huevos. El calentón me pudo y me tragué su rica corrida latina en su totalidad. Delicioso.

—Perdone, pero no he podido aguantarme —se disculpó.

—No te preocupes, has estado muy bien. Si quieres, volveremos a hacerlo otro día y te iré ayudando con un poco de dinero hasta que podamos hacerte las pruebas para el equipo —volví a mentir. Pero él se quedó satisfecho.

—Claro que sí. Muchas gracias por ayudarme.

—Lo importante es que no entere nadie, ni en tu casa, ni tu entrenador, ni tus amigos. Esto queda entre tú y yo. Porque si se enteran, es posible que se compliquen las pruebas y no podamos hacer nada... ¿Me has entendido, verdad?

—Sí. Este será nuestro secreto —contestó.

Volvimos a vernos varias veces más, hasta que la familia de Wilson tuvo que mudarse a otra ciudad.

Creo que es lo mejor que nos pudo pasar. Él se quedó desilusionado y sin su prueba; y yo me quedé sin biberón. Cosas que pasan.

FIN

A Dios rogando y con el nabo taladrando

Alberto, es un chico que había pegado el estirón propio de la edad con algo de antelación. Les sacaba cuarta y media a los de su edad, y la voz la tenía de un hombre mayor que él. De hecho, siempre que hacían los equipos para jugar al básquet, el más codiciado era él por razones obvias.

Alberto recuerda así su historia:

Siempre me han aburrido las clases de inglés, máxime cuando eres joven y te apetece más estar en la calle trasteando. Era un jueves por la tarde como otro cualquiera. Estaba deseando que acabara el suplicio para ir a casa de David a tomar algo a media tarde y después irnos a jugar al baloncesto con sus colegas.

Dieron las cinco de la tarde y salimos de clase.

—David, ¿has hablado con éstos para el partido?

—Sí, se lo he dicho a Otto, a Genaro, a Rufo, al Abe y a mi hermano. A las seis empezaremos —me dijo convencido.

—Bien, porque yo a las ocho tengo que ir a la parroquia para lo de la Confirmación.

—Creía que ya no ibas a eso. Si es para chiquillos de quince años y no vale para nada. Además, ¿eso no es los martes? —preguntó sorprendido.

—Sí, pero me ha dicho el Padre Eulalio que vaya hoy porque tiene que explicarme unas cosas especiales... Si me confirmo con más edad es porque mis padres me han dicho que lo haga así, son muy creyentes y no les quiero defraudar. Da igual, catorce que diecinueve a los ojos de Dios.

Subimos a su casa y su madre nos tenía preparados dos bocadillos y unos refrescos.

—Gracias, Maite.

—De nada Tito, si casi eres de la familia —me dijo, sonriendo.

Tras dar buena cuenta del bocadillo, cogimos el balón «Molten» que como de costumbre se encontraba bajo el escritorio de la habitación de David, y bajamos a la calle donde ya nos esperaban Otto y Rufo.

Estuvimos hora y media jugando sin parar, y como era tradición ganó mi equipo. En principio, tenía pensado pasar por mi casa para ducharme, pero apuré mucho el tiempo y me tuve que ir a la parroquia con el pantalón corto y la camiseta mojada por el sudor. Me despedí de mis amigos. Eran las ocho menos cuatro, y tuve que salir corriendo para llegar puntual.

Cuando entré en la calle San Fermín, me llamó la atención que no hubiera nadie esperando en la puerta que da acceso a la planta baja donde nos reuníamos habitualmente, incluso la persiana se encontraba bajada.

Me acerqué caminando y miré en todas direcciones buscando alguna explicación,

pero inmediatamente escuché un sonido que venía del primer piso. Era el Padre Eulalio, desde una ventana de su casa que me llamaba:

—Alberto, sube, es la puerta 2.

—Ahora subo, Padre —respondí.

Me abrió y subí.

El Padre Eulalio era un hombre maduro, cerca de la cincuentena. Tenía una panza excesiva, lucía una calva prominente y usaba gafas. No lo recordaba vestido con atuendo diferente al clásico de un hombre al servicio de la Iglesia: sotana y alzacuellos. Era muy serio, pero con los jóvenes solía ser más cariñoso.

—Pasa, pasa. Has sido muy puntual, Alberto —me dijo, tomándome del hombro y sonriendo sutilmente.

—Padre, ¿por qué no viene nadie más? —pregunté lleno de curiosidad.

—Como ya quedan pocos días para que tomes la Confirmación, y eres el chico más especial del grupo, he preferido hablar contigo y abrirte un poco al mundo adulto. Tú sabes que te tengo cierta predilección, y que siempre quiero lo mejor para ti, ¿no es cierto? —me preguntó mientras me miraba fijamente a los ojos a la espera de una respuesta afirmativa.

—Sí, Padre, usted siempre me ha cuidado mucho.

Desde que se reunía el grupo parroquial, siempre había sido especialmente atento conmigo, por ese motivo, entendí que me lo recordara en ese momento.

La vivienda del Padre Eulalio era muy austera. El mobiliario era viejo, pero muy limpio y cuidado. En la entrada había una figura de un santo que nunca supe quien era, pero que me hacía gracia porque tenía un perro a su lado que era parecido al mío. Luego venía un corto pasillo, que tenía varios cuadros colgados, tres en cada lado, todos ellos de fotos de curas importantes. Pío, Benedicto, Inocencio... ¿Por qué sus padres no les pusieron nombres normales? En mi clase nos hubiéramos reído de ellos. Al final del pasillo, una puerta muy ancha daba acceso al salón principal, en el que había un televisor apagado que parecía muy viejo, dos sillones tapizados en azul y una mesa redonda cubierta con un mantel morado. También me llamó la atención, que junto al televisor hubiera una figura de un hombre (que debía ser Dios, por la barba) que estaba sentado en un trono, y que tenía en la mano una bola del mundo.

—¡Vas todo sudado! —comentó mientras me pasaba la mano por la espalda con delicadeza.

—Es que he estado jugando al baloncesto con los de mi clase y no he podido pasar por mi casa... —dije justificándome.

—Pues lo mejor es que te des una ducha, no vayas a constiparte. Ven por aquí, te preparo la ducha y voy secando tu ropa.

—Gracias, Padre, pero no hace falta que se preocupe —contesté mientras me

ruborizaba.

—Que va, que va, ya te he dicho que te mereces cualquier cosa —replicó, mientras me hacía pasar a su habitación.

La ducha se encontraba en un aseo al que se entraba desde su habitación. El modelo austero de la vivienda, aun era mayor en su habitación, en la que se percibía un olor a antiguo y rancio propios de otra época. Un catre de cuerpo y medio ocupaba el centro de la enorme habitación, junto a éste una sola mesita de noche con un flexo negro y un par de libros, y en frente un sifonier de gran tamaño con un par de velas encendidas, y otras fotos de unas vírgenes que parecían moverse, con el balanceo irregular de la llama de las velas.

Me senté en su cama y me quedé inmóvil, esperando que saliera de la habitación para poder quitarme la ropa. Me miró y sonrió de una manera como nunca antes había visto.

—Alberto, no seas vergonzoso, tienes que ver en mí la imagen de un padre y un amigo. Si quieres te ayudo a quitarte la ropa y así la pondré a secar.

Antes de que le pudiera contestar, ya me estaba quitando la camiseta. Lo hacía con tal cuidado, que me hacía sentir cómodo y protegido. Tras la camiseta, se levantó ligeramente la sotana y se arrodilló delante de mí, me eché el cuerpo hacia atrás para poder bajarme el pantalón de chándal e hice lo propio. A continuación, y aun con el cuerpo inclinado hacia el centro de la cama, me bajé los calzoncillos y el Padre Eulalio con mucha pericia me ayudó a despojarme de ellos, mientras se mordía la punta de la lengua con los labios. Sin duda, era un hombre que me apreciaba mucho, ya que no creo que ningún otro, se hubiera tomado esas molestias.

—Muy bien. Ahora vamos a ducharte.

Me levanté y me dirigí al aseo, donde ya se encontraba el Padre con la luz encendida. Él seguía mis pasos con atención, observándome fijamente y con los ojos bien abiertos; pero yo en cambio, me veía reflejado en el espejo del lavabo como un chico algo esmirriado, flaquísimo y con una imagen un poco cómica al ver mi pene balanceándose debajo de esa fina pelambreira. Por un momento, pensé que el Padre se iba a reír de mí, por mi pinta enclenque; pero fue muy respetuoso conmigo, y no solo no se rió, sino que parecía sentir admiración por mi pequeño e juvenil cuerpo desnudo.

Me quedé parado delante de la bañera, mientras el Padre Eulalio trasteaba con el agua buscando la temperatura ideal. Y por fin, parece que lo consiguió. Me agarró suavemente de la parte inferior de la espalda y me hizo entrar en la bañera.

Ya hacía varios años que me duchaba solito, pero dejé que siguiera conmigo porque no quería importunarle. El agua estaba perfecta. Creo que ni mi madre había conseguido nunca que estuviera tan templada y apetecible. Empezó a echarme el agua por los hombros, espalda, piernas, cabeza... Hasta que me dio el grifo de la ducha y

él vertió champú sobre su mano.

—¿Está bien el agua? —preguntó.

—Sí, sí, está perfecta, muchas gracias.

—Vale, bien, dame el grifo y date la vuelta... —me conminó, mientras él mismo me iba haciendo girar asiéndome por la cintura.

Volvió a coger el grifo de la ducha y lo puso sobre mí. El agua caía sobre mi cabeza y resbalaba por mi espalda. Mientras tanto, con la otra mano empezó a enjabonarme la espalda con suma delicadeza e hizo lo propio con las nalgas y las piernas. Acto seguido, con la misma mano que estaba limpiándome me separó levemente las piernas, seguramente para buscar los lugares más escondidos y más sucios. Verdaderamente, se esmeraba en exceso, porque imagino que me quería ver reluciente.

Intensificó la frotación en la zona de las piernas, haciendo especial hincapié en las ingles. Sin querer, me rozaba los testículos, pero no le dije nada porque esa zona también estaba para ser limpiada.

De repente, sentí una vergüenza tremenda. Mientras el Padre se afanaba en ayudarme a dejarme limpio, mi pene empezó a ponerse duro, poco a poco. Creo que era debido a que cuando me restregaba entre las piernas, me producía algo de gustillo y la polla se me ponía como cuando me despierto por las mañanas. ¿Qué pensaría el Padre Eulalio si se daba cuenta de que estaba con mi pilila toda tesa? ¿Le diría algo a mi madre al sentirse ofendido por eso? ¿Lo contaría en las reuniones parroquiales para avergonzarme delante de todos mis amigos? Y ocurrió lo peor que podía pasarme en esa situación.

—Alberto, date la vuelta —esas palabras me sonaron como un cañonazo dentro de mi cabeza.

Me giré. Estaba rojo como un tomate. Que digo rojo, morado.

Entonces, cuando sentía que caía en el abismo de la vergüenza, el padre Eulalio se dirigió a mí con una sonrisa en los labios y me rescató de esa situación tan comprometida.

—Alberto, no te avergüences. Esto es normal en los muchachos de tu edad, incluso nos viene bien porque así podré limpiarte esa zona mejor.

¡Qué alivio sentí! De sentirme humillado pasé a descubrir a un aliado. Empezó a limpiarme bien toda esa zona. Se esmeró mucho, sin duda. Frotó y frotó y frotó. La verdad es que seguía duro como una piedra, pero él me dijo que era mejor así, por eso se puso con las dos manos, mientras con una me pasaba el jabón por mi pétreo pene hasta la punta, con la otra mano se esmeraba en la zona rugosa de mis huevos. Aunque a veces, me repasaba los brazos y el pecho, volvía a insistir una y otra vez en mis partes más masculinas. Pensé por un momento, que mi polla iba a relucir de tanto frotar.

—¿Te gusta cómo te limpio? ¿Estás a gusto así? —me dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Sí, estoy muy a gusto con usted —repliqué convencido.

—Te voy a hacer una pregunta que es para chicos mayores que tú —prosiguió el padre Eulalio—; pero quiero que sea algo secreto entre nosotros...

Respondí afirmativamente con la cabeza y permanecí atento. ¿Cuál sería aquel secreto? Estaba tan atento como ilusionado. Para un chico de diecinueve años, esa confianza por su parte era algo verdaderamente importante. ¿Habría hecho ese tipo de preguntas a otros chicos, antes que a mí? ¿Se habría esmerado, limpiando a algún otro chaval en la ducha aparte de mí? ¿Se esmeraría tanto con las pollas de otros jóvenes como lo había hecho conmigo? El Padre Eulalio era una caja de sorpresas.

—¿Alguna vez te has masturbado? —me dijo dubitativo.

Claro que lo había hecho, pero me daba vergüenza reconocerlo y preferí fingir sorpresa.

—¿Qué es eso? —respondí con extrañeza, mientras me limpiaba el jabón que me había entrado en los ojos.

—¿Sabes qué es una paja?

—¡Ah! Eso sí que lo sé —sabía lo que era, de hecho era uno de mis entretenimientos favoritos.

—Bien, eres buen chico. Pero nuestro secreto va a consistir en que sepas como se hace, pero sabiendo que eso es pecado y no se debe hacer —me dijo con un semblante serio, pero a la vez con cierta picaresca implícita.

Quería demostrarle que no iba a fallarle. Dudé un poco porque no entendía que siendo pecado, lo fuéramos a hacer. Imaginé que haciéndolo con él sería menos pecado...

Salí de la bañera ayudado por el Padre, y me secó con una gran toalla amarilla y blanca, todo el cuerpo. Mientras tanto, volvimos a su habitación y me dijo que me tumbara boca arriba. Se sentó junto a mí, y me miró de arriba abajo con extrema atención.

—Ahora, relájate —me susurró al oído, mientras atenuaba la luz—, y déjame a mí.

Asentí con la cabeza y cerré los ojos. Estaba muy cómodo y complacido con el Padre Eulalio. Cuando mi cuerpo estaba totalmente seco, comenzó a acariciarme el torso y las piernas, dejando de vez en cuando caer su mano en mi polla.

Seguía con los ojos cerrados. Pero notaba perfectamente su respiración agitada y como cuando cogía mi joven miembro, apretaba con suavidad, como si quisiera probar su dureza. Entonces, comprendí que para él, la polla era algo importante del cuerpo, ya que le prestaba más atención que a ningún otro órgano.

También, percibí como en un momento dado, se levantaba de la cama y se

arrodillaba junto a mí, al borde del catre, pero sin dejar de tocarme. Entonces, acercó su boca a mi pene, se relamió y se lo introdujo con delicadeza. Por un momento, pensé que me iba a dar un bocado, pero fue todo lo contrario. Lo recorrió con la lengua hasta los huevos una y otra vez, y no lo pude resistir. Gemí de gusto y le pedí que siguiera.

—Como veo que te gusta, voy a seguir hasta el final. Te mereces disfrutar un poco y yo quiero que lo pases bien —me dijo, con una ternura casi celestial.

—Gracias, Padre. Estoy muy bien.

Continuó. Me hizo flexionar las piernas para poder tocarme el culo, y lo hice, claro está. Si él lo quería así, debía de ser porque era lo mejor. Entonces aumentó la intensidad, ahora me la estaba chupando con mucha fiereza. Entonces noté que me cambiaba el metabolismo, como si fuera a lanzarle todo mi semen dentro de su boca.

—Quítese, Padre, que voy a reventar —le dije extasiado.

No hizo caso. Todo lo contrario. Hasta que estallé. Sentí que expulsaba oleadas de esperma, como nunca antes. Sea como fuere, el Padre Eulalio se lo tragaba todo y parecía que le gustaba. Cuando dejé de soltar ese viscoso y preciado líquido, el Padre siguió chupando con fuerza, con tanta fuerza que hasta me dolía un poco, pero también me daba gusto. La verdad es que en mi corta trayectoria sexual, ninguna amiga se lo había tragado, incluso parecía darles algo de asco.

—Muy bien, Alberto, ¿te ha gustado? —me preguntó mientras se limpiaba la boca con un pañuelo blanco.

—Sí, Padre —respondí con total sumisión y aprecio.

—Ahora quiero que me escuches —me miró fijamente a los ojos y añadió con seriedad—: Esto que hemos hecho es pecado. Sobre todo, si se lo cuentas a tus padres o a tus amigos, que pasaría a ser un pecado imperdonable. Mientras sea nuestro secreto, no pasará nada. Ni siquiera, cuando te confieses con el Padre Domingo, antes de la Confirmación, debes de decirle nada. Me entiendes, Alberto.

—Perfectamente, Padre. Así lo haré. Confíe en mí.

Acto seguido, el Padre me ayudó a vestirme. Ahora se le notaba un poco menos tenso. Yo también me sentía más relajado.

Me vestí y salí de la vivienda. Me dirigí hacia mi casa despacio, contento, muy contento. Lo que acaba de hacer, sólo estaba al alcance de los elegidos. El Padre Eulalio se había fijado en mí de entre todos mis amigos. Esperaba que no les diera envidia, pero no podía disimular mi felicidad.

Llegué a casa, y mi madre se encontraba preocupada.

—Albertito, ¿dónde te has metido?

—Estuve con los amigos, y me he despistado un poco, pero en cuanto he visto la hora que era, he venido corriendo.

—Vale, pero que no vuelva a ocurrir.

Pobrecita mi madre. Ella preocupada por mí y yo en las mejores manos que podía estar.

Tres años después, el Padre Eulalio se fue de allí. Los padres de un chico que iba un curso detrás del mío, le denunciaron por alguna cosa y se tuvo que marchar.

Con lo bueno que fue conmigo, nunca entendí por qué alguien le podía haber denunciado; hasta que crecí un poco más y empecé a entender algunas cosas.

FIN

El joven Boy-Scout

Como todos los veranos, durante la segunda quincena del mes de Julio, todo el grupo de Boy-Scouts «Arco Iris» salíamos de acampada. En esta ocasión, el destino era de lo más sugerente: la Laguna Negra, Sierra de Urbión, Soria.

Partimos desde Valencia de madrugada, los treinta y dos chavales de entre quince y dieciocho años, y cinco monitores que nos iban a servir de tutores y guías durante las dos semanas.

A lo largo del año, nos prodigábamos en hacer acampadas, bien de fin de semana cada dos meses, alguna de cinco ó seis días en las vacaciones de Navidad y Semana Santa, y sobre todo la de verano, que es la nos ocupa.

Ocho horas después, rebasábamos la ciudad de Soria sin dejar la carretera N-234, y tras circular unos catorce kilómetros, llegamos al encantador pueblo de Cidones. Una vez allí, nos desviamos por la carretera provincial SO-820 hasta llegar a la zona de acampada donde instalamos las tiendas de campaña, la cocina y las letrinas.

El lugar invitaba a disfrutar de la naturaleza en toda su plenitud. La zona de acampada estaba perfectamente acotada, teniendo dispuesta una zona alejada de los pinos silvestres para ubicar la cocina. Alrededor de la zona donde plantamos las tiendas de campaña, estábamos rodeados por más pinos, y sobre estos subía una ladera en la que dejaban de verse este tipo de árboles, para empezar a avistarse algunas hayas desperdigadas por la cima.

Nos llevó toda la mañana montar las tiendas. Nos dividimos por edades. Los más pequeños, de entre once y catorce años, se colocaron en el centro del campamento. En la zona más segura, y en la que estarían más controlados. Luego, a su lado y un poco más apartados, estábamos los de mediana edad, de entre quince y dieciocho años. Y un poco más alejados, estaban los chicos más mayores, de diecinueve y veinte años, y los monitores que se hacían responsables de nuestras hazañas estivales.

Las tiendas eran todas del mismo tamaño. El formato clásico de tienda rectangular con un ábside al fondo, palos de sujeción y de travesaño, y un montón de piquetas que sujetaban la base y el doble techo.

El reparto por tiendas, era atendiendo al tamaño de los que las ocupaban. Los pequeños estaban de cuatro en cuatro, nosotros de tres en tres, y los mayores de dos en dos.

En mi tienda, nos tocaba ir tres chicos. Lo que tenía muy claro desde que salimos de Valencia, es que quería estar siempre cerca de Vicente, por razones que os voy a explicar.

Desde hacía un par de años, noté que estaba más a gusto rodeado de chicos que de chicas, y especialmente de Vicente. Nos conocíamos desde que éramos muy pequeños y siempre había sentido una singular atracción por él. Máxime en los

últimos dos años, en los que había experimentado un cambio hormonal importante en todos los sentidos. Su voz se había vuelto más grave, había dado un estirón enorme y por lo que pude comprobar en los vestuarios del colegio, su zona íntima se habían poblado de abundante vello y había aumentado de tamaño.

En cuanto sacamos las tiendas de campaña del autobús, me acerqué a Vicente para ayudarlo a montar una de ellas. Lo que para él era fruto de la casualidad, para mí era de la más pura y dura causalidad.

—Oye, vamos a montarla bien, y así luego nos quedamos en ésta, ¿vale? —pregunté, fingiendo que se me acababa de ocurrir la idea.

—Ok, perfecto. Voy a llamar a Joan, y que se venga con nosotros. ¿Qué te parece? —me interrogó.

Asentí con la cabeza, pero no me hizo mucha gracia. Joan era muy amigo suyo, ya que mantenían cierta complicidad cuando hablaban de chicas, y eso podía provocar que yo pasara a un segundo plano.

En realidad, Joan también era un chico que me atraía. Tenía un cuerpo delgado, de piel muy blanca, sin nada de vello, ojos azules y el cabello dorado. Un auténtico querubín, pero que no tenía nada que hacer en comparación con Vicente.

Vicente tenía otro encanto más salvaje. Era el más alto de los tres, delgado pero muy marcado. Siempre había admirado a los que sin hacer ningún esfuerzo eran capaces de marcar abdominales, bíceps y, me daba la impresión, que todos los músculos de su cuerpo. Tenía la piel morena, unas manos y unos pies grandes. Ojos negros y pelo moreno. Pero lo que más me excitaba de él, era esa mezcla de joven inocente con cierto salvajismo adolescente.

Aunque todos nos conocíamos desde muy jóvenes, ninguno de ellos sabía mi debilidad por los de mi mismo sexo. Aunque, parecía bastante obvio que no era muy mujeriego, mi comportamiento ausente de pluma e inequívocamente sin amaneramientos, tampoco les hacía pensar que nadara contracorriente.

—¡Joan! —gritó Vicente. Joan se giró y Vicente le hizo señas para que viniera donde nos encontrábamos nosotros.

Vino corriendo, sin camiseta y claramente excitado. Tenía un nervio visceral hasta para lo más trivial. Era su forma de ser.

—¿Puedo quedarme con vosotros? —preguntó agitadamente.

—Claro, Joan, por eso te hemos llamado —respondió Vicente, mientras me miraba buscando mi complicidad.

—Sí, aquí estaremos bien los tres —sonreí.

Me hubiera gustado estar sólo con él, pero ya que debíamos estar tres chicos, creo que iba a estar bien acompañado.

Por la tarde hicimos unas actividades y nos dedicamos a preparar la velada, en la que teníamos que hacer unas actuaciones por grupos, y en las cuales, a mí siempre me tocaba hacer el papel principal. Es lo que tiene labrarse una aureola de tipo gracioso, siempre esperan que les alegres la noche.

Un éxito. Nos reímos mucho. Incluso me llevaron a hombros Vicente y Joan a la tienda. Sin lugar a duda, hubiera seguido subido a esos cuerpos hasta el día del Juicio Final. O más.

La primera noche nos dormimos pronto. En medio se puso Vicente, y yo cuando él se quedo amodorrado, me quedé pegado a él, y con mi cansancio y sintiendo su calor corporal cerca, me quedé sumido en mis dulces sueños.

Así pasaron las primeras jornadas. Juegos, caminatas, risas, muchas risas, baños en las frías aguas del río, un ambiente envidiable. Eso sí, siempre cerca de Vicente. Todo iba bien, hasta la quinta noche. Al principio fue todo normal, nos metimos en la tienda, estuvimos charlando un rato en calzoncillos, y Joan tuvo una idea.

—¿No tenéis hoy más calor que otros días? —Joan, dejó en el aire la pregunta.

—Pues sí —contestó Vicente—, podríamos dejar la puerta de la tienda abierta...

—No, que se llenará de bichos, es mejor dormir fuera de los sacos y cerrar la puerta —apunté convencido.

—Buena idea, si fuerais tías dormiría en pelotas —dijo Joan mientras se partía de risa. Vicente hizo lo propio. En cambio yo, mientras sonreía, me excitaba sobremanera.

—No tenéis huevos a dormir en pelotas —les reté. La verdad es que no sé si quería que respondieran afirmativamente, pero la adrenalina me estaba marcando máximos.

—¿Cómo que no? —dijo Joan, mientras se quitaba la poca ropa interior que le quedaba.

Vicente se tronchaba, pero en cuanto vio a Joan, le imitó. Se quedaron los dos en pelota picada. Entonces yo no tuve más remedio que quitarme mi bóxer de color gris. Estaba visiblemente alterado, pero ellos no se daban cuenta. Mientras pudiera aguantarme sin tener una erección, pasaría desapercibido.

Aunque nuestros miembros eran bastante parecidos, la admiración que sentía por mis acompañantes, me hacía que viera entre sus piernas dos enormes obeliscos flácidos, pero llenos de vigor juvenil. Joan estaba al otro lado de la tienda, recostado sobre su lado derecho, con la pierna izquierda ligeramente flexionada hacia adelante, tapándole parcialmente el pene. En cambio, Vicente estaba tumbado de cúbito supino, y su precioso pene estaba descansando sobre su pierna derecha, como si estuviera apuntándome. El prepucio le cubría totalmente el glande, pero cuando se la tocaba instintivamente, el glande salía a relucir parcialmente con su hermoso tono púrpura.

La excitación me hacía bromear y ellos me seguían el juego inocentemente.

—Oye, ¿por qué no jugamos a que uno hace de tía y montamos un trío? —dije.

—Pero si haces tú de tía —dijo Vicente, mientras Joan le daba la razón.

—Si no podéis los dos conmigo, mariquitas —les incité, para probar su punto viril.

Se echaron los dos sobre mí con la intención de inmovilizarme. Fingí que me resistía, y rápidamente me tenían a su merced. Vicente me cogió de los brazos por detrás, mientras se tumbaba sobre mí. Quise notar su polla apretada sobre mis glúteos. Mientras tanto, Joan se arrodilló delante de mí, e imitaba una supuesta penetración bucal en la que yo era la víctima gustosa. Ahora sí que estaba empezando a dar signos claros de ardor. La polla se me estaba poniendo *morcellona* y las pulsaciones me subían por momentos. La solución era fácil, no dar me la vuelta y así, no enseñarles mi punto débil. Débil, pero duro a la vez.

—Venga, vamos a dejarle, que es muy flojo —dijo Vicente, quitándose de encima de mí y dejándose caer sobre su saco de dormir.

—Bueno, mañana más y mejor, *bona nit* —comentó Joan, mientras se tumbaba y apagaba la luz de la linterna.

No tardaron en conciliar el sueño. Pero yo no podía, estaba preso de una taquicardia que no me dejaba relajarme. Estuve pensando en cosas incongruentes durante unos minutos, quizás media hora. Fantaseaba en exceso, pero la noche cerrada no era la mejor aliada para dedicarme a pensar cosas coherentes. Nunca antes, había tenido el deseo tan a flor de piel, con respecto a mi buen amigo y compañero Vicente.

Estaban como troncos, roncando y respirando con fuerza. Desprendían masculinidad hasta dormidos.

El silencio de la noche me hizo urdir un plan arriesgado, pero el cuerpo me pedía marcha. Aprovechando el sueño de Vicente, me moría de ganas de acariciarle su polla y sentir que por un momento estaría a mi disposición.

Lo importante era asegurarme de que no se despertaba. Me acerqué a él lo máximo que pude. Él estaba girado hacia el lado contrario al mío, dándome la espalda, entonces cuidadosamente le puse mi mano derecha sobre su cintura. Despacio. Muy despacio. Seguía roncando. La desplacé hacia adelante, dejándola caer hacia su firme y tersa barriga. Después viré hacia abajo, y noté su vello púbico entre mis dedos. Estaba sobreexcitado. Bajé un poco más y note el principio de su tronco fálico. Paró de roncar. Me retiré.

Carraspeó levemente y giró sobre él mismo, poniéndose de cara a mí. Continuaba respirando, aunque de una forma más uniforme y sin ronquidos. Me quedé inmóvil para asegurarme de que seguía en trance. Al cabo de un par de minutos, volvió la respiración agitada y el sueño profundo.

Me dispuse a repetir la operación. Ahora sería más fácil, lo tenía más cercano. Alargué la mano, y aunque no veía bien su polla debido a la oscuridad, adivinaba su presencia. Al tacto daba la impresión de ser más pequeña, pero me daba igual. Hizo un movimiento brusco, retiré la mano rápidamente, pero estaba vez no había estado atento y había actuado con cierta lentitud.

Se incorporó rápidamente y se quedó sentado. Me hice el dormido, inútilmente. Susurró algo ininteligible, se levantó y salió de la tienda. Permanecí quieto y callado. Se me hizo eterna la espera. No sabía qué hacer, si salir y hablar con él, o esperar a que entrara, estaba hecho un lío por mi propia culpa. Parecía obvio, que se había dado cuenta de mi acción.

Al cabo de un buen rato, entró a la tienda, se metió en el saco y me dio la espalda. Nos dormimos.

A la mañana siguiente, nos levantamos. No me dirigió la palabra, ni siquiera me miró a la cara. Yo estaba avergonzado, porque había fallado a su confianza, en cierto modo había abusado de su amistad y me intenté aprovechar de él. Le noté enojado, pero no se dirigió en ningún momento hacia mí.

Su enfado era latente. En algunos momentos, hacía unas afirmaciones que yo notaba que iban dirigidas a mí.

—Cuidado al ir a las letrinas, no os bajéis los pantalones y os dé por culo algún marica... —Ésta me hizo daño, pero me lo merecía. Notaba, que estaba especialmente disgustado con mis actos de la noche anterior, pero no quería entrar en una lucha dialéctica, de la cual, saldría yo perdiendo.

—Podríamos cambiar los tríos de las tiendas, para variar un poco... —dejó la pregunta en el aire, pero nadie respondió. Incluso Joan se me quedó mirando, con cierta sorpresa, y yo le hice un ademán de no entender lo que preguntaba. Otra vez fingiendo. Por suerte, esta pregunta no dio para más, y no hubo que redistribuir la composición de las tiendas.

Todo el día estuvo marcado por algunas puntadas, que me hacían arrepentirme cada vez más. Me tocaba mover ficha, cuanto antes, mejor.

Llegó el ocaso. Acabamos de cenar y nos dispusimos a preparar la velada. En esta ocasión, les dije a los monitores que quería hacer un monólogo dedicado a la amistad. Se quedaron extrañados por la extraña petición, pero me dieron el visto bueno. Normalmente, siempre actuábamos por grupos, pero en esta ocasión, quizás por salir de mí, no vieron inconveniente en que lo hiciera por mi cuenta.

Preparé mi actuación. Con unas ramas y algunas prendas de ropa, fabriqué un muñeco, y le puse de nombre Víctor (por la coincidencia en la raíz del nombre con Vicente). No tenía nada que ensayar, iba a improvisar, todo me saldría de dentro. Tenía plena confianza en mis posibilidades, estaba muy motivado, y le debía esa actuación a Vicente.

Encendimos la hoguera en el lugar autorizado para ello, y comenzamos la velada.

Actuaron primero los más jóvenes, después los de mi edad y me dejaron para el final. Me tocaba actuar. Me alejé unos veinte metros del círculo que formábamos en el suelo sentados y cogí a «Víctor», me lo subí sobre mis hombros y me acerqué al improvisado escenario. Estaban todos en silencio. Vicente, como uno más, seguía mi intervención.

Venía hablando con el muñeco. Su silencio era el de un confesor espontáneo que iba a escuchar toda mi charla.

—Víctor, ¿te das cuenta de que estar en la soledad de la montaña, hace que reforcemos nuestros vínculos de amistad? —le dije a mi inerte compañero de escena.

—No aprecias, ¿cómo aunque nos vemos todo el año en el colegio y en la calle, estos días aquí juntos nos hacen crear vínculos más fuertes y duraderos?

—Víctor, quizás en algún momento, pueda fallarte y equivocarme contigo. Pero quiero que sepas que antes de que eso ocurra, te pido perdón desde el fondo de mi corazón.

—Tú, siempre has estado ahí, a mi lado. Te mereces el máximo respeto y tal vez no esté a tu altura, pero siempre te tendré como a mi mejor amigo.

Cogí por el hombro a mi inerte aliado Víctor, y me saltaron lágrimas sinceras desde mis doloridos ojos. La charla siguió en torno a los ideales de la amistad y del respeto. Poco a poco, el ambiente fue adquiriendo una intensidad que jamás habíamos vivido en ese tipo de veladas, y se fue contagiando a todo el grupo.

Los tutores y los demás chicos del grupo se quedaron perplejos ante esas lágrimas, porque nada más las entendíamos Vicente y yo. Aunque los comentarios no eran explícitos, él sabía que tenían un cariz personal. Todos aplaudieron, incluso alguno se puso de pie. Vicente, se frotó los ojos, sin llegar a derramar lágrima alguna, y después aplaudió con fuerza mirándome a los ojos como nunca antes lo había hecho.

Esa noche, nos acostamos, cada uno en su saco, y en la posición de todas las noches. Sabía que no podía volver a caer en la tentación. Seguramente, con Vicente había ganado un amigo de verdad para toda la vida, pero nunca más, jamás, podía volver a caer en el mismo error. Él no se merecía que abusara de su confianza.

La acampada siguió como debía de ser. Disfrutamos mucho, y las dos semanas se nos pasaron rápidamente. Llegó el día de la despedida, y fuimos recogiendo todo el campamento, y limpiando todo aquel galimatías, porque como dijo Lord Baden Powel, fundador de Movimiento Boy-Scout: «El scout deja el mundo mejor de como lo encontró».

Años después, con Vicente casado y con dos niñas, seguimos siendo amigos. Nunca volvimos a hablar de aquella situación incómoda, pero nuestra amistad estaba marcada de manera indeleble.

FIN

Trabajando en la sauna

Después de tres años en España, sigo sin sentirme cómodo. Me ha detenido la policía en varias ocasiones, unas por problemas con la documentación, otras por pequeños robos y hurtos que cometí, y otras por otros robos y hurtos que no cometí.

Vine con quince años, desde el este de Rumanía. Vivía en la mismísima costa rumana del Mar Negro, y tras hablar con unos amigos que ya estaban residiendo en Madrid, me vine aunque sabía perfectamente que en este país no atan los perros con longanizas. Mis colegas son hermanos y desde el principio se fueron a la capital. Ion es el menor, ahora tiene diecisiete años, y siempre ha ido a la sombra de Flori. Éste, cumplió hace un par de días los veinte años y me decidí a llamarle para felicitarle.

—Aló...

—Hola Flori, soy Petru, felicidades.

—¡Ah! Hola, Petru, gracias, ¿aún estás por Valencia?

—Sí, me iba a ir ahora a trabajar a la sauna. Llevo una semana muy mala, y tengo que ganarme algo para pagar el alquiler.

—Yo hoy no trabajo, Petru. Vamos a casa de Crina, la novia de mi hermano, y cenaremos ahí para celebrar mi cumpleaños. En Madrid tampoco está muy bien el trabajo, pero no hay otra cosa.

—Me alegro que tu hermano tenga novia, espero que le dure más que la última —le dije entre risas—. Yo no puedo dejar de ir a trabajar, las cosas están muy mal por aquí. No hay trabajo y han bajado mucho los clientes. Es posible, que dentro de unos meses me vaya a Barcelona para probar cómo se trabaja allí.

La vida para Flori e Ion también era muy dura en Madrid. Tiempo atrás habían podido trabajar en la construcción; pero ahora estaban como yo, prostituyéndose en saunas, clubs, salas X, y en cualquier estación o centro comercial.

—Ok, Petru, ya hablamos, es posible que en marzo vayamos a verte a Valencia y de paso a ganarnos unos euros —respondió riéndose.

—Eso espero. Si en las fiestas no hay trabajo, me vuelvo a Constanza.

Ambos reímos y nos despedimos. Existía una gran complicidad entre nosotros, pero el porvenir nos había deparado caminos diferentes, aunque con las mismas herramientas para trabajar.

Eran las ocho de la tarde. De una tarde cualquiera, de un mes de noviembre cualquiera, más húmedo que frío, en una ciudad que no me trataba como yo creo que me merecía. Es duro salir a la calle sin saber dónde ir, sin saber si vas a poder llevarte algo de provecho al bolsillo, en un lugar donde por el hecho de hablar una lengua foránea, las oportunidades bajan desproporcionadamente y cuesta tirar para adelante.

Mis utensilios de trabajo no dejaban de ser, mi joven cuerpo, mi bonita cara

añada y mi encantadora forma de ganarme a mis clientes. Siempre había tenido fama de buen chapero, lo que no sé si es una suerte o una desgracia, y el momento idóneo para cazar era el atardecer y las primeras horas de la madrugada.

Mi hogar era un piso compartido con una familia de ecuatorianos, otro chico ucraniano que creo que se ganaba la vida trabajando de taxista y yo. Desde luego, no podía quejarme de la ubicación, estaba céntrico, a unas decenas de metros de la plaza España, y a unos diez minutos andando de mis lugares de trabajo: la sauna «Calippo», el club «Azorín 12» y la estación de tren.

Cada lugar tenía sus peculiaridades. Por un lado, la estación era un punto transitado durante todas las horas del día, y las zonas para dejarse querer por los clientes —que solían ser sexagenarios y despistados— eran los baños públicos y los andenes menos transitados. Al caer la tarde, el sector para trabajar más caliente pasaba a ser la sauna. Era mi lugar preferido, por lo menos el que se me daba mejor. Aquí la clientela era más variada, gente mayor, algún turista que se había dejado orientar por las guías de ambiente y en muchas ocasiones cuarentones que iban a tiro hecho. Y cuando digo a tiro hecho, me refiero a llegar, elegir chico, follar y pagar. Es lo que tiene la estresada vida del cuarentón, a ellos les absorbe el trabajo y el tiempo, y ellos a mí me absorben la polla. Y por último, ya de madrugada y hasta el amanecer, había que ir al club para follarse a las últimas locas de la noche y a los desesperados que se habían subido de tono en los chats de su casa, y tenían que descargar en algún sitio. Donde mejor, que en un local con varias decenas de tiernos chicos rumanos.

Pero lo dicho, como eran poco más de la ocho de la tarde, me dirigí a la sauna.

Como de costumbre, al salir del edificio donde vivía, se me cruzó un hombre mayor que vivía en el primer piso, me miró de soslayo y pasó de largo. Salí a la calle, saludé a Gloria —una chica española que bajaba siempre a la misma hora a su peludo perro de China a llenar la acera de excrementos—, le guiñé el ojo y continué. Siempre he pensado que esa chica estaba deseando follar y conmigo; y yo, la verdad que también lo hubiera hecho. Pero había que llevar el taladro cargado para la faena.

Crucé la plaza de España, sorteando los diversos semáforos mal sincronizados, bajé por un túnel peatonal que llevaba al barrio de Los Jardines, y enfilé la calle Eruditos.

Ésta era una calle hecha en los años cincuenta. Todos eran edificios de cuatro alturas, sin ascensor, de colores ocre, amarillo y rojo cobrizo. Casi toda la zona estaba plagada de locutorios regentados por hindúes, tiendas de textil al por mayor propiedad de orientales y algunos talleres de vehículos que, por lo visto, llevaban ahí toda la vida. Pero entre todos esos negocios, había un local sin letrero alguno, en cuya discreta fachada únicamente había una puerta blanca acorazada, en la que un pequeño cartel rezaba: «Abierto de 18 a 01 horas. Todos los días». Era la sauna. Lo que para la

mayoría de los transeúntes no dejaba de ser una planta baja sin vida alguna, para los que vivíamos de ella y para los que iban a desahogarse, esa discreción no dejaba de ser la puerta a un pequeño paraíso.

Al entrar, lo primero que nos encontramos es un pequeño y austero recibidor, a mano izquierda hay un poto enorme y muy cuidado, pegado a éste una mesa blanca de madera llena de revistas de temática homosexual y algunas invitaciones para los clubs y discotecas, y a mano derecha un mostrador con un vasto cristal donde se atiende a los clientes.

Tras abonar el pertinente importe, el encargado te deja unas sandalias y una llave para abrir la taquilla asignada, y se accede a un vestuario compuesto por un pequeño laberinto de pequeñas taquillas donde ya se empieza a ver el desfile de clientes y chaperos, entonces toca despojarse de la vestimenta callejera y adoptar la indumentaria propia del lugar, toalla alrededor de la cintura y otra en el hombro para espantar a los chaperos cansinos. También suele ir en la uniformidad, algún preservativo para prevenir alguna enfermedad o algún inquilino poco deseable.

El interior de la sauna depende del gusto del diseñador, pero ciñéndome a la que me da cobijo y faena, consiste en unos pasillos oscuros con cabinas a ambos lados y sus correspondientes monitores, que repiten y repiten y repiten la misma película porno carente de cualquier sentido que no sea el sexo puro y duro. Por último, había una sauna de vapor y otra finlandesa, y una hilera de cinco duchas para la clientela en general.

La noche prometía. Había varios chaperos, los habituales, y bastantes clientes que pronto se rendirían a mis encantos juveniles. Además, los chaperos eran de los que menos éxito tenían, estaba Rachid que es un chico argelino poco agraciado en su físico y poco dotado, desde luego no era el árabe soñado. También estaba Carlos, un chico de Alicante que su exceso con las drogas, lo había dejado demacrado y poco competitivo en el mundo de la prostitución masculina. Y por último, Fabián, otro chico rumano, natural de Cluj, que era el único que triunfaba esa noche porque reunía todos los ingredientes: hermoso, chulo, fuerte y con veinte centímetros medidos en reposo de carne de primera.

En seguida, y tras inspeccionar a la clientela, se me puso a rebufo un tipo gordo y velludo de unos cincuenta años. Hice un par de amagos para hacerme de rogar y calcular su necesidad de polla, ya que eso me ayudaría a tasar mis servicios. Al final, dejé que me alcanzara y me dirigí a él de mala gana.

—¿Qué quieres? —le dije sin mirarle a los ojos.

—¿Te estás buscando la vida? —me preguntó, con una expresión mezcla de duda y afirmación.

—Claro. Pero estoy esperando a un cliente que paga bien... —mentí, mientras me quitaba la toalla para ajustármela y le dejaba ver parcialmente mi blanca polla

descapullada.

—Si quieres, conmigo acabarás pronto. ¿Qué cobras? —me respondió ansioso.

Esperé unos segundos antes de responderle, que seguro que a él se le hicieron más largos que a mí.

—Soy activo. Mínimo cincuenta.

—Sólo quiero chupártela y beberme tu leche, pero por cuarenta —replicó, casi desesperado.

—Vale, pero rápido.

Mientras ocurría esta conversación, Rachid pasó a mi lado y se quedó mirando a mi cliente. Pero le hice una seña para que se fuera y me dejara negociar. Entre chaperos hay unas reglas no escritas, como por ejemplo, si un chico está negociando con un cliente, hay que dejarle acabar y no interrumpir.

Le dejé que buscara la cabina que más le gustara, aunque eran todas iguales. La única diferencia era, que unas estaban sucias, y las otras aún estaban peor.

Por fin entró en una de las ubicadas en el lado derecho, se quitó la toalla dejando a la vista su pequeño y arrugado pene, y se arrodilló. Entré tras él, pero me quedé a cierta distancia para que se excitara más.

—Acércate, por favor —me imploró.

—¿Quieres nabo, perra?

—Sí, por favor, déjame chuparte los huevos y el culo —dijo con total sumisión.

—No te pases, que por cuarenta pavos nunca hago nada.

Aún no la tenía dura, pero ya me la había llenado de saliva.

—Pégame, por favor. Hazme sentir como una puta... —me rogaba como si le fuera la vida en ello. Era el típico aprendiz de esclavo.

—Si quieres que te pegue, son sesenta euros —le dije sacando mi pollón de su ansiosa boca.

—Es que solo vengo con cuarenta euros...

—Entonces elige: corrida u hostias —le pregunté. Yo prefería darle dos bofetadas, y mantener los testículos llenos de amor para los próximos clientes.

—Pégame, pégame...

Le metí la polla en la boca y le di una bofetada floja en su carrillo izquierdo.

—Más fuerte, ¡dame caña! —me pidió, mientras se masturbaba con fuerza.

Había llegado el momento de culminar la faena. Le eché la cabeza hacia atrás, dejó la boca abierta y le escupí con fuerza en la cara. Acto seguido, le propiné dos golpes en sendos carrillos y le introduje mi guerrero de cabeza púrpura hasta la garganta. Se sacudió con velocidad la polla y se corrió como un chiquillo.

Sin preguntarle si lo había pasado bien, y actuando como lo que quería de mí — como un perdonavidas— le dije que le esperaba en las taquillas para cobrar, y lo dejé tirado en el suelo entre su corrida y mi saliva.

En los minutos que tardó en ducharse y pagarme por mis profesionales servicios, esperé que se me acercara algún personaje de aquella peculiar fauna. Aunque ninguno se dirigió a mí directamente, sí que percibí que mi cuerpo estaba siendo evaluado por un par de sujetos.

Pero tenía otras prioridades y busqué a Rachid.

—Rachid, ¿cómo te va?

—Hoy mal, tío. Entre tu paisano y tú, me pisáis todos los clientes.

—¿Tienes algo de chocolate y papel? —le dije, ignorando su queja previa.

—Sí, espera, vamos a liarlo a la cabina.

Normalmente, usábamos una cabina en concreto para fumarnos nuestros porros, o si la noche iba muy bien, para atizarnos unas rayas de coca.

—¿Sabes lo que ha pasado a Nordin esta mañana en el Carrefour de Campanar? —me interrogó Rachid.

Nordin era un chapero marroquí, que solía frecuentar los aseos de los centros comerciales para buscarse la vida. Era buen chico, pero tenía demasiada facilidad para meterse en líos.

—Ni idea. Acabo de salir de casa y he venido aquí. He estado todo el día durmiendo.

—Pues estaba con un cliente en el aseo, hasta que han llegado los dos vigilantes y le han dado una paliza. Lo han tenido que llevar al hospital.

—¿Y no ha ido la policía?

—Sí, pero los vigilantes le han dicho a la policía que había robado y que luego al ir a identificarlo se les ha resistido. Así que lo han llevado al hospital, pero lo han detenido por robo y por no llevar papeles. ¡Qué cabrones...!

Permanecimos un par de minutos en silencio mientras dábamos las últimas caladas al porro, y volvimos a lo nuestro.

Retorné al redil, y pasé entre la gente sin fijarme en nadie. El codiciado era yo, y eran ellos los que tenían que ganarse mis favores.

Ipsa facto, tenía a un sexagenario siguiéndome el culo como un perrito faldero.

Repetí la maniobra anterior y provoqué que me siguiera impacientemente. Mientras andaba delante de él, hacía memoria de lo que me habían contado de aquel personaje. Imaginé que cuando habláramos lo recordaría. Así fue. Era un cliente con unos gustos bastante más guarros de lo habitual, pero era de los que iban casi a diario, y convenía tenerlo en cuenta.

—Hola chico. ¿Cómo estás? —me preguntó, mientras se relamía con la lengua el labio inferior.

—Pues nada. Aquí estoy —le dije con adustez.

—Mira, chaval, yo busco cosas especiales, que son las que dan morbo de verdad. No sé si he estado contigo alguna vez —dijo abriendo los ojos con atención.

—Pues no me suena que hayamos estado juntos.

—¿Entramos a una cabina y lo hablamos? Te pagaré bien.

Diciéndome la frase mágica: «Pagaré bien», no le podía decir que no.

Entramos en la cabina que se encontraba enfrente de la que había ocupado con el otro cliente. Se sentó en la colchoneta y me cogió del hombro para dirigirse a mí.

—¿Cómo te llamas?

—Petru, soy rumano.

—Muy bien. Mira yo pago cincuenta euros, pero me gusta que me follen, y que después me orinen y me caguen en el pecho —se notaba que no era la primera vez que lo pedía, pero aun así, se quedó expectante esperando mi reacción.

—Dios, ¡¡¡qué dices!!!, nunca me han pedido eso —realmente ya me lo habían pedido en alguna ocasión, pero había sido por más dinero y no me gustaba mucho.

—No quería molestarte. Te puedo dar sesenta y si no quieres, no me penetres.

Hice como que dudaba, pero de esa cabina no iba a salir sin dinero.

—De acuerdo. ¿Cómo lo hacemos?

—Mira, yo me tumbo boca arriba en el suelo y tú te pones de pie a la altura de mi pecho, te pones de cuclillas de cara hacia mí, y me cagas.

La verdad es que no tenía ganas. Ya había cagado antes de salir de casa, pero debía esforzarme para poder atender a mi peculiar cliente.

Se puso desnudo en el suelo y mientras me afanaba por buscar la posición más idónea, el hombre me acariciaba los gemelos. Al agacharme, siguió acariciándome los huevos y el ojete.

—¿Quieres que te chupe el ojo del culo? —preguntó con naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo. Para él lo era.

—Haz lo que quieras —le dije, mientras arrimaba el culo a su cara.

—A ver si así me entran ganas —pensé.

Empezó a lamerme todo el culo, desde la rabadilla hasta los huevos, pero haciendo especial énfasis en el ojete. Así estuvo unos minutos. De hecho, me fijé, y ya iba empalmado.

—Vale, cágame ya —susurró, mientras escupía un pelo rizado de mi propiedad.

Retrocedí hasta la posición inicial. Hice fuerza, mucha fuerza, salió un chorro de orina que impactó en su barbilla, y me rogó que siguiera porque estaba a punto de correrse. Continué haciendo fuerza, hasta que por fin salió una deposición espesa que llenó su pecho, creando un mejunje de heces y pelos. Me levanté hacia atrás con ganas de orinar, y para ser fiel a mi anfitrión, le meé la cara y su hediondo pecho, haciendo salpicar mi descompuestas heces sobre su rostro, mientras se corría como un campeón. Que asco daba, aunque sin ningún género de dudas, eso le ponía mucho. Después de eyacular, puso cara de circunstancia y cogió una toalla que había dejado a mano.

—Ahora me da un poquito de asco —me dijo sonriendo, mientras intentaba levantarse.

—Le espero fuera.

Este hombre, lógicamente, tardó un poco más en acicalarse. Tras la tempestad de orina y mierda, necesitaba una buena limpieza. Se aseó, pagó y se fue, desfogado y contento. Probablemente, era el tío más desviado de los que visitaban esa sauna, pero sin ningún género de dudas, era el más fiel, pocos días fallaba.

Ya eran cerca de las diez, y la sauna se había quedado casi vacía. Era el momento de cambiar de escenario y partir hacia otro lugar.

De momento, no iba mal. Nadie había disfrutado de mi exquisito semen y ya tenía algo de pasta en el bolsillo. Lo importante en este trabajo, es aguantar el mayor tiempo posible con los huevos cargados. Si te corres pronto, y se te plantean problemas en la erección, es cuando pierdes enteros en la cotización sexual.

Me despedí de Rachid, que era el único chaperero que quedaba, y salí del local. Ya era la noche y estaba empezando a lloviznar, así que me metí en el bar Canela que se encontraba de camino al club «Azorín 12», y me pedí un Red Bull.

Tras un cuarto de hora echando mis euros a la tragaperras, dejó de llover y reanudé la marcha hacia mi destino.

Al llegar, la fachada del club era un calco a la de la sauna. Una puerta, ninguna cristalera, ningún cartel (este local no tenía ni los horarios), y un timbre para llamar.

Llamé. Abrió la puerta el machaca del local, un ruso enorme que se encargaba de que entraran los chicos no conflictivos, y que no volvieran a entrar los indeseables.

Estaba lleno de gente. Incluso, estaba mi primer cliente de la sauna, que al verme me saludo como si nos conociéramos de toda la vida. Le devolví el saludo.

Estuve un par de horas y conseguí un cliente. La competencia aquí era muy dura, había una cantidad de veinteañeros que doblaban el número de clientes. Definitivamente, la sauna era mi territorio.

Nunca nadie dijo que la vida del chaperero fuera fácil.

FIN

Acuartelados

28 de Noviembre de 1986

Las once de la noche. Tocaban silencio. En el barracón de la Segunda Compañía del Regimiento de Infantería número 7 de Zaragoza, se cierne la oscuridad. Únicamente, se escuchan los pasos cansinos del primer imaginaria. Como todas las noches desde hace cinco meses, la misma rutina, la misma repetición interminable, el mismo caminar que se aproxima desde el fondo de la nave y que se pierde en los aseos. También se percibe el murmullo de las casi doscientas personas que abarrotamos el recinto en un extraño y tolerado cautiverio.

Cuando llegó, a principio del verano, estaba asustado, como casi todos los que acababan de llegar. En el reemplazo de junio, casi todos venían desde todas las regiones del país, los que tenían más suerte de cerca, pero la mayoría desde varios cientos de kilómetros. Tenían referencias de sus hermanos mayores y de los quintos de años anteriores. Cada cual, contaba mil y una historias de peripecias que habían pasado. Buenas y malas. La experiencia de Francisco Esparza, desde el comienzo de su andadura en la milicia, fue una verdadera pesadilla.

La peculiaridad de realizar el servicio militar en la década de los ochenta, pasa en primer lugar por alejarte de tu casa, de tu entorno. De hecho, de los 196 soldados que pertenecían a la 2ª Compañía, sólo catorce eran de la provincia de Zaragoza. Todos los demás, dependían del fin de semana para poder volver a casa, excepto los canarios, gallegos, norteafricanos y andaluces occidentales, que dependían de los permisos más largos, para poder realizar el viaje.

Este cautiverio era el caldo de cultivo perfecto para que los matones se hicieran los amos del lugar, y para que la gente más sensible, tuvieran que padecerlos. El hecho de permanecer días y noches, sin poder salir de allí, y conviviendo con otras personas con las que era difícil el mero hecho de mantener una simple conversación, hacía que cada día supusiera un auténtico mal trago.

La primera vivencia traumática de Francisco, y la que dio paso a las siguientes, ocurrió un fin de semana de julio. La Compañía se había quedado con unas 40 personas, casi todos los soldados veteranos, los arrestados (que solían ser los peores) y algún desorientado como él, que decidió quedarse ahí el fin de semana, para evitar darse la paliza de kilómetros.

—Paquito, anda ven —le dijo «Canario», un compañero que estaba a punto de licenciarse, y que estaba en compañía de otros seis amigos suyos del Cuartel.

—Hola, Canario, ¿qué quieres? —contestó Francisco.

—Vaya, el *pollo* me conoce —exclamó, levantando los brazos y provocando la carcajada de todo su séquito.

—Creo que te conoce todo el mundo aquí... —respondió sin atreverse a mirarle a los ojos.

—Pero ¿para bien o para mal? —comentó el que tenía a su derecha, un tal Heredia, mientras dejaba caer el contenido de un paquete de pipas al suelo.

—Bueno, de todo, supongo —contestó Francisco sin ninguna credibilidad.

—Anda, Paquito, pórtate bien, y recoge las pipas se nos han caído al suelo, pero no olvides de piar como un pollito cuando las recojas.

Le miró de una forma, que no fue capaz de responderle negativamente. Mientras, sus acompañantes reían y daban patadas a las pipas, esparciéndolas por debajo de las literas. No cesaban ni las risas, ni los comentarios despectivos.

—Parece una chiquilla, Canario. Éste te va a servir para desahogarte esta noche —le dijo Heredia.

—Hoy conmigo, y mañana contigo —le respondió el Canario, mientras se frotaba sus atributos varoniles.

Tras humillarle un poco más, le dejaron ir. Tuvo miedo, mucho miedo. Quería decírselo a algún superior, pero quizás fuera peor el remedio que la enfermedad. Decidió tragar saliva y aguantar el tirón hasta que se olvidaran de él.

A las siete de la tarde, ya había total oscuridad. Al miedo que sentía, se le unió el frío helador del cierzo. Pronto llegó la hora de cenar, y posteriormente la retreta. Era la primera vez en todo el día que veía al Brigada Alarcón, pero su fama de chusquero y su mal cartel con respecto al trato que dispensaba a los soldados novatos, le hicieron prescindir de su ayuda.

Toque de silencio.

Esa noche, casualmente, la primera imaginaria le correspondió a Heredia. Al cabo de unos minutos, se acercó a la camareta de Francisco, se agachó junto a su cama, y le dijo en voz baja:

—Paquito, el Canario está en los aseos. En la última puerta. Quiere que vayas a ayudarlo. Pero cuando entres, no se te ocurra encender las luces —le advirtió.

—Ayudarlo, ¿a qué? —respondió confundido. Pero no obtuvo respuesta, Heredia se levantó, y se marchó en dirección a la puerta principal del barracón.

Dudó. Si acudía, seguramente saldría mal parado, pero si no acudía, las represalias podrían ser mucho peores. Así que se levantó, y con sigilo se dirigió donde le indicaron.

Al llegar a los aseos, entró a oscuras, parecía que estaba desierto. Pensó, que seguramente la broma era hacerle ir para nada. Pero de inmediato, la última puerta se abrió cuanto apenas, haciendo crujir las bisagras. Parece que efectivamente, alguien había allí. Se aproximó con cautela, se asomó y allí estaba el Canario.

—¿Pero cuánto has tardado? Anda pasa —le recriminó, cerrando la puerta tras de sí.

—Cómo nos pille el Brigada aquí va a ser peor —murmullé en voz baja.

—Tranquilo, Paquito, aquí estamos seguros los tres. Tú, yo y mi polla.

Francisco se quedó atónito. El Canario seguía vestido de uniforme, mientras que él, ya estaba con el pijama de color verde. Se quitó el cinto, se desabrochó el pantalón, y le puso su mano derecha sobre su cabeza.

—Paquito, no te preocupes. Si mi polla es feliz, tú pasarás una buena mili; pero como se queje mi nabo de que no lo cuidas, desearás no haber nacido.

No tuvo valor para decirle nada. Tal como se bajó los calzoncillos y su gruesa polla cayó por su peso, entendió que le quería utilizar como su putita. Nunca antes había tenido relaciones sexuales ni con hombres ni con mujeres. Y desde ese momento, se vio obligado a servir de esclavo sexual al Canario, a sus amigos, y a quién jamás supuso que le sodomizaría. Comenzaba la peor pesadilla que pudiera haberle ocurrido.

Esa primera noche fue especialmente violenta, le obligó a chupársela hasta correrse en su boca, tuvo que comerle el culo porque le dijo que le excitaba, e incluso, intentó penetrarle, pero el llanto de su víctima le hizo desistir.

—¡No llores, perra! —ordenó—. Acostúmbrate a no lloriquear, que no me gusta las niñatas lloronas, y te tienes que ir acostumbrando.

Salió del aseo y le dejó allí tirado, con la garganta llena de leche y con el pijama lleno de manchas debido a los charcos de orina y a los restos de esperma que allí se encontraban.

—Mañana tengo que decírselo al Brigada —murmuró, cuando ya se encontraba en la soledad de aquel inmundo aseo.

Los aseos de los cuarteles tenían una peculiaridad, siempre estaban asquerosos. El de esa Compañía, era enorme, tenía forma rectangular con una hilera central de pilas y en el perímetro los aseos turcos, consistentes en un agujero en el suelo, y una plataforma para colocar los pies y que se pudiera poner el interesado defecador de cuclillas. El problema principal radicaba en que los usaban docenas de hombres, y eso no significaba otra cosa, que orines por el suelo, cagadas fuera del agujero y pegotes de semen por la pared. Las puertas de los retretes eran un auténtico sin fin de frases creativas y de otras, más desesperantes.

Al día siguiente, cuando acudieron al comedor a desayunar, el Canario se cruzó con Francisco, pero su indiferencia no pudo ser mayor. Como si no hubiera ocurrido nada. Se tiró toda la mañana sentado en su cama, reflexionando sobre lo ocurrido la noche anterior, pero por más vueltas que le daba, no encontraba justificación alguna. Pero lo peor, es que aquello sólo había sido un punto y seguido. Pasó el día y llegó la noche.

No sé si fue por casualidad o no, pero esa noche se intercambiaron los papeles. El Canario estaba de imaginaria, y Francisco se quedó tumbado en su cama con los ojos abiertos, temiéndose que volviese a ocurrir lo de la noche anterior. Así fue.

—Pollete, tira para los aseos. En el mismo aseo de ayer está Heredia esperándote —sin siquiera comprobar que lo había oído, se levantó y siguió su marcha.

Esta vez, intentó fingir que estaba dormido. Pero a los pocos minutos, volvió hecho un animal. Le cogió del cuello, abrió los ojos asustado y le insistió.

—¿Es qué no me has oído? ¿Hablo para sordos? Tira para allá o vas a flipar, y pídele perdón a Heredia por hacerle esperar.

En su camareta, que estaba compuesta por seis literas dobles, había dos compañeros más acostados, pero ambos se desentendieron de lo que le pasaba. Se levantó y fue al aseo.

Allí estaba Heredia. Con los pantalones bajados hasta las rodillas. Con una pelambarrera copiosa de la que surgía un largo y delgado pene totalmente recubierto por un fino prepucio.

—¿Qué te ha pasado, nena? —preguntó.

—Nada. Perdona por el retraso —contestó temblando. Una mezcla de frío y miedo le recorría las venas, pero para su martirizador de esa noche, la calentura sexual le impedía ver su sufrimiento.

—Mira, Paquito —se señaló el miembro—, si te has quedado con hambre después de cenar, esto es para ti.

Sin dar tiempo a reaccionar, le cogió con ambas manos la cabeza para aproximármela a su cada vez más tieso pollón. Le hizo chupársela un buen rato, pero cuando se iba a correr, se la sacaba de la boca para aguantar más. Debía de estar a punto de correrse, pero quería disfrutar del momento. Mientras, él seguía engullendo su masa de carne. Al cabo de unos minutos, sacó un preservativo de su bolsillo y le dijo:

—Anoche, Canario no te pudo follar. Pero esta noche, mi taladro te va a atravesar. Es estrechito para que no te duela. Ya verás cómo me lo vas a agradecer.

Le dio la vuelta, se llenó la mano izquierda de saliva y empezó a acariciarle el culo. A la vez que le humedecía el trasero, le introducía su dedo índice con cuidado. Parecía, que dentro de lo salvaje y desagradable que resultaba esa violación, su verdugo no le quería hacerle un daño excesivo. Pero se lo hizo y mucho.

Le puso pegado a la grasienta pared, y presionó suavemente su largo y compacto falo hacia el interior de su ser.

—Para, para, por favor —suplicó.

—Te he dicho, que hoy te follaba y así va a ser.

Poco a poco. Gemido a gemido. Fue entrando su preciado órgano en su virgen recto. Le dolía mucho. Se le saltaban las lágrimas, pero intentaba no emitir ningún

sonido. Cuando, ya tuvo dentro la totalidad de su masculinidad, bombeó en varias ocasiones, y luego sacó el rabo. Se quitó el condón, y continuó a pelo.

—Así te gustará más, muñeca —dijo, soltando una carcajada final.

Estuvieron diez minutos, que se le hicieron eternos a Francisco. Al final tuvo el detalle de sacar la polla del culo dolorido y esculpir la pared con su viscoso esperma. Gritó de placer, y acto seguido, le cogió con el brazo derecho del cuello, y le dio un beso en la nuca.

—Lo he pasado de miedo, Francisco. Espero que te haya gustado —le dijo Heredia, mientras se subía el pantalón y se colocaba su pene dentro de su calzoncillo verde.

Heredia salió y se fue orgulloso a su cama, pero no sin pasar antes por la litera del Canario para contarle su agradable experiencia.

Salió y se fue a su litera. El culo le sangraba. Era la primera vez que le introducían algo por el ojete, y esa violencia le produjo un importante desgarró. Volvió a su cama con signos inequívocos de dolor y se acostó.

El verano fue interminable. Los días entre semana, le dejaban en paz, más que nada porque con la multitud de soldados que poblaban el cuartel, era imposible lograr un momento de intimidad, y cuando se acercaba el fin de semana, siempre le hacían alguna jugarreta, para que le arrestaran y se tuviera que quedar el fin de semana acuartelado.

Se fueron sucediendo los abusos. Llegó un momento en que varios de la camarilla del Canario se apuntaron a los excesos. El Malaguita, el Ceuta, el superdotado Sanabria, el Higuieruelas... Incluso llegaron a hacerlo de dos en dos. Ya no aguantaba más.

Con el crudo invierno, llegó el día que decidió decírselo a su mando superior. Ese fin de semana estaba de Suboficial de Cuartel, el Brigada Alarcón. No supo si sería el más recomendable, pero era insoportable y decidió hablar con él. Como le obligaran a lo mismo de siempre, iría directamente al Brigada.

Pasó la tarde, cenaron, tocaron a retreta y veinte minutos después, toque de silencio.

Acto seguido, el Canario pasó junto a la litera de Francisco.

—Paquito, voy para allá. Hoy tengo muchas ganas. Te espero...

Sin dudarlo, se levantó, se vistió de uniforme, y se dirigió a la habitación del Suboficial de Cuartel. Ésta, estaba ubicada al principio del barracón, y se accedía por una puerta acristalada, por la que se apreciaba que había una televisión enchufada y, probablemente, el Brigada junto a ella.

Francisco golpeó con los nudillos la puerta, y la entreabrió:

—Da su permiso, mi Brigada —dijo, poniéndose en posición de firmes.

—¿Qué coño quieres? Anda, pasa —dijo el Brigada desganado.

—Soy el soldado Esparza, mi Brigada. Venía a dar cuenta de varios compañeros que llevan mucho tiempo abusando de mí —respondió.

—¿Qué me cuentas, Esparza? —dijo, haciendo una mueca de indiferencia.

—Sí, mi Brigada, son el Canario y Heredia sobre todo, y algunas veces otros compañeros. Los que van con ellos normalmente.

—Quédate aquí un momento, que ahora vuelvo —ordenó, mientras salía de la habitación, dejando la puerta abierta.

Este podía ser un punto sin retorno, ya no había marcha atrás. Francisco estaba convencido que estaba cumpliendo con su deber, y que quizás, debía de haber dado ese paso mucho antes.

El Brigada se dirigió al corredor que iba hacia el fondo de la Compañía, y para sorpresa de Francisco; el Canario y Heredia, salieron a su encuentro. Charlaron, en lo que parecía ser un coloquio en muy buena sintonía, para pasar a las risas y el compadreo. El pobre Paquito estaba estupefacto. Tras acabar la conversación, se despidieron y el Brigada volvió a su habitación. Entro, cerró la puerta, pasó un pestillo y le miró visiblemente malhumorado.

—¡Póngase firme, Esparza! —gritó.

Obedeció de inmediato y se puso firmes, como una vela. Inmóvil y muy asustado. Sentía como le corría la sangre por las venas y se oía el palpar de su corazón, como si le fuera a salir por la boca.

—¿Usted qué se cree? ¿Verdad qué se piensa que es el más listo del batallón? Llevo aquí más de veinte años, y siempre hay algún pipiolo que quiere inventar, lo que ya está inventado.

—Pero, mi Brigada —replicó, tan indignado como aterrizado.

—Que cierre la puta boca —gritó cortándole—; ¿verdad que usted quiere acabar su servicio militar y volver felizmente a su pueblo? —me preguntó, pegando su cara a la del soldado.

—Sí, mi Brigada —respondió en voz baja.

—Pues cuando un compañero veterano, le pida algo, usted le obedecerá. Exactamente igual, que cuando se lo ordeno yo. De hecho, por venirme con tonterías, va a repetir la bromita. ¡Póngase de rodillas!

Francisco se quedó de piedra. No podía ser cierto lo que estaba oyendo. No se podía ni mover, era incapaz de flexionar las rodillas.

—¡Que se arrodille le he dicho!!!! —gritó, a la vez que le daba una bofetada con la mano abierta en la mejilla izquierda.

Se arrodilló con dificultad, entre lágrimas y con el rostro congestionado. Entonces el Brigada, se puso a un palmo de él, y se bajo ligeramente el pantalón. De éste, asomó su pequeño y arrugado miembro, junto a dos testículos enormes cubiertos de

vello, lo que lo hacía más pequeño aun, y se lo puso pegado a los labios. Después le obligó a abrir la boca y consumó la violación.

—Chúpamela, y trágate todo, que me han dicho que lo haces bien —le dijo, mientras sonreía y le cogía de la nuca—. Y no te preocupes, que esto no es para tanto. Considéralo un acto de compañerismo y no seas cobarde.

Francisco calló y obedeció. Le resultaba repugnante, máxime dentro del contexto en el que se daba esa situación. Cuando acabó, salió de la habitación y corrió a los aseos. Una vez allí vomitó un revoltijo de comida, semen y pelos de su superior.

Cuatro días más tarde...

Sonó el teléfono.

—Buenas tardes, dígame... —contestó una voz de mujer.

—¿Es el domicilio de Francisco Esparza?

—Sí, es mi hijo.

—Le llamo de la Segunda Compañía del Regimiento de Infantería número 7 de Zaragoza, quería decirle que...

—Hace días que no hablo con mi hijo, la última vez parecía muy nervioso —le cortó, indignada, la Sra. Esparza.

—Tengo que comentarle un desgraciado accidente que ha ocurrido, y en el que su hijo estaba involucrado...

Francisco Esparza no aguantó la presión. Ese fin de semana fue especialmente intenso en lo que abusos se refiere, y ya no aguantó más. Dos días después del desagradable episodio vivido con el Brigada Alarcón, entró en la armería de su Compañía y se suicidó pegándose un tiro en la sien.

Oficialmente, ese día hubo un accidente, cuando el soldado Esparza limpiaba su armamento y, accidentalmente, se le disparó. Como todas las medidas de seguridad estaban previstas, se achacó todo a un error humano.

A su entierro acudieron muchos de sus mandos superiores, junto a las autoridades políticas de su pueblo. Sobre su féretro se extendió una enorme bandera de España, y todos los militares saludaron al sonar el himno nacional. Todos, sin excepción, se compadecieron de la joven madre y de sus pequeños hermanos.

Acudieron todos, menos uno, el Brigada Alarcón que estaba de servicio y se excusó ante sus mandos superiores, a los que les dijo que transmitieran su más sentido pésame a la víctima del soldado fallecido, al cual calificó de «gran compañero y amigo de todos los soldados». No tuvo vergüenza ni ese día.

FIN

Inesperado Cruising

Todo el día currando. Lo normal es desear volver a casa. Pero no, hoy estoy especialmente cachondo, y antes de irme al redil, me apetece dar un garbeo y buscar a otro tipo calentorro para desahogarnos mutuamente.

Son las ocho y media de la tarde. Está anocheciendo, y me dispongo a salir de la fábrica de rótulos donde llevo trabajando once años. La verdad es que dependiendo del turno en el que me toca trabajar, se hace más llevadera o menos, la jornada. Por ejemplo, por las mañanas es eterno, porque entre otras cosas, la compañía no tiene ningún morbo. Tres compañeros a punto de jubilarse, y en la oficina, una cascarrabias que es mejor ni verla. En cambio, por la tarde siempre entran dos niñatos, de los que especialmente Sergio, hace que se me pasen las horas babeando.

Sergio, lleva únicamente dos meses en la empresa, pero es una explosión de morbo. Fibrado, qué digo, fibradísimo. Se le marcan en brazos y piernas todas las venas, compitiendo con los músculos por hacerse sitio. La cabellera rapada por lo lados, y con una pequeña, pero sugerente, cresta en todo lo alto. Y la cara, perfecta, la mandíbula angulosa, una boca grande (que cuando sonrío, parece detenerse el tiempo), y unos ojos marrones y ligeramente achinados. En resumen, un espécimen digno de admiración. Lo único malo, es que se pasa toda la tarde enganchado al teléfono, sufriendo el férreo marcaje al que es sometido por su novia. Pues eso, la típica cría celosa y ansiosa que lo debe de exprimir a diario. Como yo haría, no os quepa duda.

—Sergio, hasta mañana. ¿Trabajas por la tarde otra vez? —le pregunto para salir del paso.

—Sí, claro. Como siempre. Me acuesto siempre tarde, así que es mejor que no madrugue.

No le pregunté el motivo por el que se acostaba tarde, porque me iba poner los dientes largos.

—Muy bien, pues hasta mañana —me despedí, dedicándole otra mirada carnívora, mientras se subía a su moto, volviendo a marcar todos sus atributos en su ajustado pantalón vaquero.

Arranqué mi viejo Seat Ibiza y salí a la autovía rumbo a casa. ¿He dicho a casa...? No. Decidí dar una vuelta de reconocimiento por la zona de la estación de autobuses. Esa era una zona habitual de cruising y donde se dejaban ver jóvenes chaperos buscándose la vida. En la media hora que me costaba llegar, ya habría algún chiquito deseoso de ganarse unos euros. A medida que me acercaba, iba poniéndome más morcillón, hoy estaba más salido que nunca, o por lo menos, eso me parecía. No sé, si era por la motivación que me suponía mi compañero de trabajo o por lo que fuera, pero estaba preso de mi patología más habitual, la *rabodependencia*.

Di una vuelta, dos, tres. Nada. Quizás aun era muy pronto, así que me dirigí a otra zona habitual de *cruising*, pero en coche. Ahí sí que había algún desesperado como yo, pero el nivel era ínfimo, tres tíos que me doblaban la edad, y una locaza que parece que vive ahí, porque no falla ningún día, llega el primero y se va el último.

Volvemos al punto de partida. Con la tontería ya son más de las diez, debe de haber alguien ya buscándose la habichuelas. Efectivamente, llego y observo a dos jóvenes rumanos que no había visto antes. Paso una primera vez, decelero, les miro, me miran. Es el cortejo habitual del «*homo erectus cachondus*», en busca de una pareja que lo monte, el «*homo pasivus lucrativus*». En la segunda vuelta, me detengo, bajo la ventanilla del copiloto a altura del chaval que más me llama la atención, y comienzo la negociación.

—Hola, chico.

—Hola, soy activo —responde con un marcado acento de más allá de los Balcanes.

—¿Te estás buscando la vida? —pregunto, con la típica frase que marca el protocolo.

—Sí. Hablo poco español —matiza, parco en palabras y con la impaciencia clásica, del que quiere zanjar la negociación y subirse al coche con el cliente.

—¿Cuánto cobras? —exclamo, haciendo una seña con los dedos de la mano derecha, para ayudarle a comprender lo que ya ha oído mil veces.

—Cincuenta —responde tajantemente.

—Eso es mucho, chaval. Siempre lo hago por veinte —insisto.

—¿Veinte euros...? —murmulla, poniendo una cara de desprecio, que podía echar al traste la negociación—. Menos de cuarenta, no —añade.

—Solo veinte, y me follas. No vas a encontrar a nadie que te dé más dinero, además conmigo acabarás pronto.

Ni contesta. Se da media vuelta y se va con su colega. Le hace un comentario a éste, y me mira también con cara de pocos amigos. Sigo estacionado, a la espera de que les pueda más la necesidad, y se bajen a mis pretensiones. Pero ese día van de sobrados, hablan entre ellos, ríen, se levantan ambos de la parada del bus urbano donde se encuentran, y se dirigen hacia mí. En principio, me alegro, porque veo que mi precio puede ser aceptado; pero a medida que se acercan, uno de ellos se agacha y coge una piedra del suelo. Arranco, y salgo a toda prisa. A lo lejos, se destornillan de risa, y por suerte, dejan caer la piedra al suelo. De momento, dejaré de visitar esa zona, porque no quiero tener problemas ni con ellos ni con ninguno de los que rondan por allí.

Sigo casi en punto de ebullición. El calentamiento hormonal sigue en aumento. Pero no por la adrenalina de la reciente huida, sino porque estoy con un calentón entre las piernas, que necesita ser apagado.

Como último recurso, decido volver al punto de cruising, que tan poco juego me dio antes. Pero de camino, paro a tomarme un café en la tasca «La Cuadrilla», me siento en la barra e intento relajarme un poco. Pido un café cortado y me pongo en un sitio estratégico para poder observar el deambular de los lugareños.

El tiempo pasa, y ya empieza a dejarse notar la fauna nocturna. Solitarios, camellos de poca monta, prostitutas sin faena, otras prostitutas con su cliente, y borrachos cansinos, capaces de sacar de los nervios al más paciente de los humanos. De repente, se abre la puerta y entra un espigado joven subsahariano, cargado de bolsas y bisutería.

—Hola, amigo, ¿quieres algo? —se dirige a mí, que estoy más próximo a la puerta, sonriendo y con la habitual cortesía que les caracteriza.

—No, gracias —le respondo, mirándole a los ojos.

—Por favor, tengo de todo —replica, dejando su mirada fija en la mía.

Acto seguido, se agacha y saca unos devedés de una bolsa.

Al agacharse, me quedo mirando detenidamente su trasero pequeño y duro, y al levantarse, la vista se centra en el paquetazo que marca el inocente vendedor. En principio, creo notar que está en plena erección; pero es todo lo contrario, su flácida y enorme polla carga a su derecha, y queda marcada sin ningún género de dudas tras su pantalón. Entonces recuerdo que hace un par de años, me enrollé con un chico nigeriano que tenía el nabo más grande que he tenido entre mis labios. Era realmente, algo sobrehumano. Desde ese día, tengo claro que las razas no son todas iguales, la raza negra es superior.

Dudo. Pero el ataque es inminente, necesito probar suerte, ya que la pieza codiciada se merece ese intento.

—¿Cómo te llamas, amigo? —le pregunto sonriendo.

—Jimmy.

—¿Cuántos años tienes? Yo le había calculado cerca de los treinta, debido a lo curtido y desarrollado con tenía su cuerpo.

—Veintiuno —me responde, mientras estira los brazos, dirigiendo las palmas de las manos hacia el cielo, elevando la parte inferior de su camisa, y dejando ver su morena tez bajo su ombligo.

Su juventud y su fuerza innata, me hacen revolucionarme y desear estar a merced de esa joya de la naturaleza. Ahora, todo pasa por ganarme su confianza, y convencerle de que me acompañe al coche.

—¿De dónde eres, Jimmy?

—De Accra, Ghana. Llevo poco en España.

—Pues hablas bien el español —le hago un poco la pelota, aunque era cierto el comentario.

—Gracias —responde ruborizado.

—Quiero comprarte alguna cosa, pero tengo el dinero en mi coche... —mentí, descaradamente, como un bellaco. Pagué mi cortado, y le indiqué a Jimmy que me acompañara, sin darle opción a oír su posible negativa.

Una vez fuera, y lejos de la vista de los curiosos del bar, ya podía establecer mi estrategia de acercamiento a mi joven y fuerte amigo africano.

—¿Vives por aquí? —le pregunté con curiosidad.

—En Santa Úrsula, un poco lejos.

—Bueno, si quieres te llevo a tu casa, ya es tarde y vas muy cargado —le dije, como el buen samaritano que no quiere nada a cambio. Aunque ese no era mi caso.

—Gracias, pero voy en bus, no se preocupe.

Ante la primera negativa, que obviamente, entraba en los planes. Pongo en marcha el plan B: Ganarme su confianza, haciéndole una buena compra.

—Mira, Jimmy, quiero comprarte estas cuatro películas y esa cartera negra.

—Gracias, son veinticinco euros.

—Toma treinta, y gracias. Eres buen chico —le comenté mientras le pasaba la mano por la espalda, en señal de buen rollo.

—En serio, Jimmy. Te llevo a casa. Y si quieres ganarte algo más de dinero, yo te puedo ayudar. Me gusta echar una mano, a los chicos como tú... —le dije, dejándole con la duda.

—Dinero... ¿Cómo? —contestó, abriendo los ojos con cierta sorpresa.

—Te interesa, ¿no? Sube, te llevo a casa, y te lo digo de camino —mientras le hablaba, abrí el maletero y le invité a que metiera todos sus trastos allí.

El siguiente paso, tiene su arte. Sí, lo tiene. Hablar con un hombre, y desde alguna trivialidad, reconducir la conversación a un ofrecimiento de sexo explícito a cambio de unos euros, y poder salir airoso del envite, se merece no menos que una licenciatura en la Facultad de la Persuasión.

Una vez, sentado a mi lado, inicié la marcha y la conversación.

—Jimmy, ¿tienes novia?

—Aquí no, en mi país tengo novia desde los catorce años.

—Pero ¿tienes alguna chica aquí, con la que mantengas relaciones sexuales?

—No —dijo, un tanto avergonzado.

—Entonces, ¿no tienes a nadie que te chupe la polla? —le dije sonriendo, para que se relajara, y evitar así, que la vergüenza le hiciera ponerse a la defensiva.

—No, ahora no.

—Pero nadie... ¿Ni chicas, ni chicos? —insistí.

—Nadie, ¿por qué me pregunta eso?

—Pues porque tú seguro que tienes una polla muy grande, podrías ganar dinero con ella.

Se impuso un silencio, incómodo para él, y previsto por mí.

Detuve el coche en un descampado, y puse sobre el salpicadero dos billetes de veinte euros. Era más de lo que tenía previsto gastarme, pero aquella fiera sensible, bien lo merecía. Rompí el silencio.

—Jimmy, tengo más amigos que se ganan dinero así. Me dejan chuparles su polla y se ganan algunos euros mientras disfrutan.

—Es que tengo novia, y mi religión lo prohíbe.

—No te preocupes. Tu novia quiere que ganes dinero, y esto lo he hecho con muchos chicos de tu religión, y no les ha pasado nada.

Sutilmente, acerco mi mano a su muslo, para que se vaya acostumbrando al contacto conmigo y tanteo la dureza de sus músculos. Está algo tenso, y eso hace que la musculatura intensifique su presencia.

—Nunca lo he hecho con un hombre. No me gustan —dice con seriedad.

—No pasa nada. No me tienes ni que tocar. Sólo te la chupo yo, y tú disfrutas. Ya verás cómo te gusta. Si en algún momento, no quieres seguir, me lo dices, me guardo los billetes y ya está...

Se quedó mirando fijamente los billetes. Los cogió, se los metió en el bolsillo de la camisa, y me dejó hacer.

Le ayudé a echar el respaldo hacia atrás, y una vez cómodo, aunque visiblemente intranquilo, se quedó inmóvil. Le seguí acariciando las partes menos comprometidas, brazos, piernas, pecho, y cuando le vi preparado, le puse la mano sobre su inmenso falo. Era curioso y muy morbosos, que marcara paquete tan deseable, llevando un pantalón holgado. Dejé la mano parada a lo largo del obelisco, y lo apreté con dulzura y máxima devoción. Cuando lo apretaba, notaba como la sangre circulaba tras su prepucio por sus kilométricas venas. Seguía flácido, pero notaba en la cara de Jimmy, como no le desagradaba y me dejaba descubrir su excelsa masculinidad.

Le bajé con cuidado el pantalón hasta casi las rodillas. Bajo el pollón, dos enormes testículos llenos de rico esperma, esperaban el momento de entrar en erupción. Seguía magreando su gran escroto, y dejé caer mi boca hacia él. Le pasé la lengua de arriba abajo del tronco fálico, una y otra vez, haciendo pasar su polla de estado flácido a una interesante erección.

No me cabía en la boca, era imposible. De hecho, no creo que hubiera trasero en el mundo que pudiera dar cobijo a tan gran miembro. La cogí con las dos manos, y me hubiera faltado una tercera para llegar al glande. La erección era total. Se notaba que la abstinencia que me había comentado, era cierta.

Entonces, me cogió la cabeza por la parte de atrás con sus manos, y marcó los tiempos de la felación. Estaba disfrutando como un chiquillo, y yo, no menos que él. Me levantó la cabeza de su polla, y me la dirigió a sus huevos, los chupé sin descanso, mientras con mi mano derecha le seguía masturbando.

—¿Quieres correrte en mi boca? —le pregunté, con total sumisión.

No me respondió, pero entendí que sí quería. El temor de Jimmy se había convertido en deseo en cuestión de minutos, y eso me lo estaba ganando yo a base de mamadas.

Volvió a jugar con mi cabeza, como si fuera un juguete, y percibí que iba a estallar. Me dejó el pollón incrustado en mi garganta, y empezó a eyacular una cantidad ingente de semen. Notaba el bombeo, como si ese impresionante nabo tuviera vida propia. No quería tragármelo, y como empezó a rebosar por la comisura de los labios, tuve que ayudarme de las manos para recoger su zumo viscoso.

Cuando hubo acabado, abrí mi puerta, escupí la lefa y me enjuagué la boca. Acto seguido, mientras Jimmy respiraba agitadamente, cogí una toallita higiénica, y le limpié todo el cuerpo y su pollón, del que aun goteaba alguna gota. Utilicé varias toallitas, había mucha superficie que asear. Estábamos los dos sudados por el esfuerzo, pero él se merecía que lo limpiara, poro por poro, centímetro a centímetro, ya que se había portado con un campeón.

—¿Te ha gustado, Jimmy? —pregunté satisfecho y empachado de semen.

—Sí, mucho, pero no se lo cuentes a nadie —me dijo, con semblante serio.

—No te preocupes, esto es entre nosotros dos —le tranquilicé.

Se subió el pantalón, y se incorporó levantando el respaldo.

En estas ocasiones, intento averiguar qué le pasa por la cabeza al chico en cuestión. Esta vez, intuí que estaba contento por haberse ganado unos euros y por hacer algo que le había gustado. Pero, tampoco tenía intención en salir de dudas.

—Ya son las doce, Jimmy. ¿Vamos para tu casa?

—No tengo prisa... —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Al notar esa complicidad, no tuve más remedio, que probar suerte.

—Jimmy, ¿quieres ganarte algo más? ¿Te has follado a algún tío alguna vez?

Reímos los dos al unísono durante un buen rato. Le noté pletórico, lo que parecía que le iba a suponer un trauma, pasó a gustarle en demasía. Él, estaba dispuesto a montarme, y yo dudaba que pudiera atravesarme con su enorme estaca, pero había que intentarlo.

—Hoy vas a dormir en mi casa —le dije, mientras tomaba dirección a mi apartamento.

Me miró un poco pensativo, pero asintió con la cabeza mientras sonreía.

—Tú pagas, tú mandas —dijo sonriente.

—Tú cobras, tú montas —comenté en voz baja.

El inesperado *cruising* de esta noche, ha dado mucho de sí. Y en unos minutos, será mi esfínter el que tenga que dar más de sí.

FIN

Entre naranjos

Después de llevar cuatro meses desempleado, llega el momento en el que cunde la desesperación. Pese a cobrar el día diez de cada mes, el correspondiente paro, las horas y horas que uno se pasa de bar en bar, y las interminables tardes tumbado en el sofá, hacen que decidas probar suerte en sectores de trabajo, que nunca antes habías valorado.

Lunes por la mañana. Tras un fin de semana, entretenido con el fútbol, no estaba dispuesto a pasar otra semana más sin tener ocupación. Salí a la calle, y me dirigí al polígono industrial Castilla, para informarme de cómo estaba el patio. Muy jodido. Estuve toda la mañana y casi toda la tarde, preguntando a currantes, proveedores, camareros de bares... Pero nada. La crisis afecta a todo el mundo.

Cuando empezaba a anochecer y me disponía a dejar de buscar faena por ese día, vi llegar tres furgonetas cargadas de gente. Se detuvieron junto al bar Chorrazo, y se apearon un montón de personas. Casi todos del mismo perfil, hombres e inmigrantes. Venían muy sucios y sudados. Se notaba que venían del campo o de alguna obra. De una de las furgonetas, la que llegó última, casi todos los que bajaron eran negros subsaharianos. Y de las dos primeras, algunos magrebíes, tres mujeres, una cuadrilla de rumanos, y tres o cuatro hombres españoles.

Por preguntar, no pasaba nada. Me acerqué a un hombre de mi edad, no superaría los treinta y cinco años, que era el que menos desarreglado iba. Llevaba un pantalón de chándal azul, una camiseta con la publicidad de una discoteca famosa, y una gorra con una gran visera, con la bandera de Gran Bretaña.

—Hola, buenas tardes. ¿Venís las tres furgonetas juntas? —pregunté.

—Sí, ¿por qué quiere saberlo? —me dijo de mala gana.

—Imagino que vendréis de trabajar, ¿no?

—Correcto. Venimos de recoger naranjas.

No me acordaba que era la temporada de la naranja. De hecho, nunca me había preocupado por saber las fechas de recogida, porque era algo que me parecía muy distante.

—¿Sabes si hay trabajo disponible en esta cuadrilla?

—Mira, todas las mañanas, a las seis en punto, viene un tal Ramiro en un Mercedes viejo de color marrón, y tres o cuatro furgonetas. Ese hombre, es el que se encarga de las contrataciones y todo eso. Igual tienes suerte, porque ayer detuvieron a tres morenos por no llevar su documentación en regla.

—Gracias, mañana pasaré a hablar con él.

Se dio media vuelta y se fue calle abajo.

No quise preguntarle, sobre lo que les pagaban ni sobre el tipo de contratos que les hacían. Lo mejor, sería hablar directamente con su jefe y cruzar los dedos.

Sonó el despertador. Eran las cuatro y media de la mañana, me levanté para darme una ducha y afeitarme, porque aunque no fuera para pedir un trabajo de administrativo, pero siempre sería mejor ir un poco arreglado.

Salí a la calle, y no había nadie en la calle. Quitando el trasiego nocturno de las cucarachas que resultaba un tanto desagradable.

A las cinco y media, ya estaba en el solitario polígono esperando la llegada del viejo Mercedes y su séquito. De inmediato, empezaron a acercarse los trabajadores. Los primeros en llegar, fueron los negros, cada uno por su lado, en silencio y caminando. Después, el grupo de marroquíes, hablando en voz alta y riéndose, a pesar del madrugón. Luego, y casi dando el paso al mercedes, un Opel Vectra con el hombre con el que había hablado la tarde anterior, y otros tres acompañantes.

Rápidamente, se juntaron en círculo alrededor del jefe y éste los fue distribuyendo en las tres furgonetas. En cuanto acabo de hablar, me dirigí a él.

—Hola, me llamo Pedro. ¿Es usted, el señor Ramiro? —le pregunté.

—Sí, soy yo. ¿Qué quiere? —contestó, con cierta soberbia.

—Estaba buscando trabajo. Y me dijeron, que quizás aquí podría encontrar algo de faena...

—Pues no vamos muy sobrados de trabajo, pero igual tienes suerte. ¿Has trabajado alguna vez cogiendo naranja?

—Pues no. Tengo experiencia en la construcción y en la hostelería, pero me suelo adaptar bien a todos los trabajos.

—De acuerdo. Mañana empezarás. Trae fotocopia de tu documentación, y te tendré unos días de prueba. Y ya veremos si trabajas bien —se dio media vuelta, se subió a su coche y se largó.

A la mañana siguiente, acudí con tiempo y esperé la llegada de los otros. Me puse un pantalón de chándal, una camiseta y un chubasquero. Aunque ya empezaba a hacer calor, esos madrugones aún eran algo frescos. Fueron llegando, y cuando hizo acto de presencia Ramiro, tal como bajó de su vehículo, se dirigió a mí:

—¿Has traído eso?

—Sí, se lo he metido en un sobre. No sé si faltará algo...

—Perfecto. Hoy vas a Burriana, te vas en la furgoneta blanca, si no sabes hacer algo, se lo preguntas a tus compañeros.

—Entendido.

Me acerqué a la furgoneta referida, y poco a poco, fueron yendo los demás. Los chicos marroquíes, dos mujeres, dos hombres de aspecto rumano y yo. Les fui saludando, unos contestaron y otros no.

Tardamos casi una hora. Nos apeamos, y salimos todos en dirección a unos

cajones de plástico, los recogimos y nos metimos en un enorme campo de naranjos. Durante el trayecto, estuve hablando con la mujer, una madre soltera con dos hijos menores, que no tenía más remedio que trabajar de lo que fuera para mantener viva a su familia.

La mecánica del trabajo era sencilla, con unas pequeñas tijeras de podar, se cortaba la naranja del naranjo, y se iban llenando los cajones. A su vez, en cada grupo, había un responsable que iba contabilizando lo que íbamos haciendo para luego saber quién ganaba más o menos, y así todos los días.

Al segundo día de trabajar, cuando todos sabían que entre la chica y yo no había ninguna relación, los tres marroquíes se soltaron.

—Ya estamos otra vez —dijo Mireia, dejándome dubitativo.

—¿A qué te refieres? —le dije.

—Es verdad, que aún no te habías dado cuenta... —sonrió ella—. Los chavales árabes, que siempre están más calientes que la leche.

Tenía razón. Eran tres chicos de aproximadamente veinte años, que estaban siempre pendientes de ella. Hablaban en árabe y no nos enterábamos de lo que decían, pero las miradas y los gestos eran inequívocos. Además, como Mireia siempre llevaba una camiseta sin sujetador, al agacharse le veían perfectamente las tetas, y eso los volvía locos.

—Yo casi los entiendo. Después trabajar más de un año con ellos, creo que ya podría hablar su idioma —dijo, riéndose—. Ayer, estuvieron dudando si tú eras chico o chica, como tienes un cuerpo tan delgado, la piel muy blanca y gestos afeminados. Perdona, si te molesta lo que te he dicho —se disculpó.

—Que va. Ya estoy acostumbrado —le dije, mientras le sonreía.

—Observa. El más alto y moreno, se llama Ahmed, es el más educado, se nota que está casado. El que está sin camiseta, es Nordin. Y el más bajito, Abdel. Éstos dos últimos, son los más salidos. En cuanto ven alguna chica, se ponen locos.

No le dije mi condición de homosexual, pero al ver a los chicos tan cachondos, me puse a cien también. La verdad, es que los tres estaban de muy buen ver, especialmente el que no llevaba camiseta, estaba para comérselo entero.

Empecé a hacerme mis fantasías. Cuando la miraban a ella, me miraban a mí y se reían. Estuve unos días haciéndome el despistado, pero una mañana cuando nos dirigíamos a trabajar, y tras pasar una noche soñando despierto en mil y una fantasías, me senté junto a Nordin. Él se quedó dormido durante el trayecto, era como una joven bestia descansando. Notaba el calor que desprendía al estar rozando con mi pierna, la suya. También, sentía la musculatura de su brazo, y me deleité admirando sus bíceps, y como en completo reposo, se marcaban luciendo su tez tersa y morena.

Cuando despertó, provoqué que mi mano rozara la suya. Era una mano, grande y

masculina, encallecida y atlética. En cambio, la mía, era pequeña, suave y más propia de una mujer, que de un hombre. Me miró, sonrió levemente y después me la rozó él, cogiéndola unos segundos, como para comprobar su textura. La soltó, y volvió a cerrar los ojos.

La jornada laboral, fue idéntica a las anteriores, seguí junto a Mireia, y sus admiradores siguieron cortejándola, pero sin faltarle en ningún momento al respeto. Incluso, noté que a Mireia le halagaba sentirse deseada por esos jóvenes.

Intercambié alguna mirada con ellos. Con Ahmed y Abdel, no había otra lectura que no fuera un simple cruce de miradas, pero con Nordin era diferente. Se notaba, que había adivinado que en mis fugaces vistazos, había algo más que curiosidad. Cuando se encontraban estas miradas, él permanecía serio, pero yo no notaba rechazo en absoluto. Deseaba un encuentro a solas con él, para poder intentar algo más.

Llegó la hora de comer. Como todos los días, sacamos nuestros bocadillos, y nos dispusimos a dar buena cuenta de ellos.

Observé, como Nordin se levantaba, y cogía dos botellas de agua vacías. Iba a ir a llenarlas. Reaccioné rápidamente y vertí accidentalmente (tal vez, no tan accidental) mi botella de agua.

—¡Joder! Mireia, voy a llenarla, estoy hoy muy torpe —me lamenté teatralmente.

—Suerte que estaba casi vacía —dijo ella, sin darle importancia.

Salí caminando, tras Nordin, en dirección a la fuente que se encontraba a unos doscientos metros. Llego él, e inmediatamente su hambriento perseguidor.

—Se te ha caído... —susurró, mientras sonreía.

—Sí, Nordin, estoy atontado.

—Vienes detrás de mí, ¿verdad? —dijo, sin titubear, mirando hacia otro lado.

—Perdona. No quería molestarte.

—Eres gay. A mí me gustan las mujeres, quiero que lo sepas —comentó seriamente.

—Ya lo sé, Nordin. Os miraba a los tres, porque sois jóvenes y guapos, pero no quería molestaros —me disculpé, poniendo cara de pena.

—No quiero que se lo digas a ellos. Solo a mí. ¿Tú vives sólo?

Pasé de estar casi avergonzado, a tener un subidón importante. Se me estaba poniendo la polla en guardia, y no era el mejor momento. Tenía que seguirle la corriente, e intentar hacer lo que me mandara. Sexualmente, también estaba dispuesto a seguir sus órdenes.

—Sí, vivo sólo —le dije susurrando.

—Soy activo. Si quieres, te puedo follar y me chupas, pero yo no soy maricón —exclamó con énfasis.

—Claro, nadie se enterará, no te preocupes.

Una de la cosas que siempre me ha llamado la atención de algunos chicos árabes, es que a lo que le dan más importancia, es que no se les considera homosexuales, ni siquiera bisexuales, pero les encanta taladrar los culos blanquitos de los tíos como yo. Debe de ser una manera de exaltar su masculinidad.

Volvimos donde se encontraban el resto de los compañeros. Él primero, y dos minutos después yo. Nos incorporamos al trabajo, y la tarde discurrió sin novedad en apariencia, excepto en mi cabeza era un continuo imaginar situaciones fantasiosas con Nordin. Deseaba que llegara la noche y poder llevarle a mi cama para someterme a sus caprichos.

Al llegar al polígono industrial, bajamos de las furgonetas y cada cual, se fue yendo por donde había venido. Los tres chicos marroquíes, se fueron alejando, pero no sin que previamente, Nordin me hubiera hecho un gesto para que le siguiera a distancia.

Durante más de diez minutos, les fui siguiendo, y al llegar a la plaza de San Sebastián, se detuvieron, se despidieron, y Nordin se metió en un locutorio, mientras sus dos amigos continuaban la marcha.

Me senté en un banco, y esperé unos minutos. Nordin salió, me miró y volvió a insinuar que le siguiera. Sin duda, se preocupación porque no se nos viera juntos, era indudable. Para él era sumamente importante que no se notara que íbamos juntos, y buscaba un lugar donde poder hablar conmigo, lejos de todo lo que nos rodeaba. Sobre todo, la intimidad, y una vez a cobijo, daría todo de sí, como un auténtico atleta del sexo.

Me puse a su altura, y le dije en voz baja:

—Nordin, sígueme, vivo cerca de aquí. Abro el portal, entro, y te lo dejo abierto para que puedas pasar.

Asintió con la cabeza, y se puso en mi retaguardia. Anduvimos unos minutos más, y entramos en la calle Libertad, donde yo residía. Al llegar al número 12, abrí el portal principal, entré y dejé la puerta entreabierto. Segundos después, accedió Nordin. Entramos al ascensor, y subimos al cuarto piso. Él se mostraba tranquilo, y yo estaba ansioso, no lo podía disimular.

Nordin estaba callado, se sentó en el sillón y echó la cabeza para atrás, cerrando los ojos. Estábamos cansados de trabajar, pero para follar siempre se sacan fuerzas de flaqueza.

—¿Quieres tomar algo, Nordin?

—Sí, una cerveza.

Le saqué una cerveza y un refresco para mí. Daba gusto verle, ahí recostado y tranquilo. Todo ese nervio de juventud, recogido en un cuerpo joven fuerte y masculino. Esperaba con impaciencia, que esa fiera me montara sin piedad.

Se quitó la camiseta. Su torso estaba carente de vello, lo cual, acentuaba la

perfecta armonía de sus pectorales, sus precisas abdominales y sus oblicuos externos perfectamente definidos, formando el torso más increíble que recordaba.

Me arrodillé ante él en señal de total sumisión, y le quité las zapatillas. Le hacía sentirse superior a mí, y eso le reconfortaba. Cuando me dispuse a bajarle los pantalones, se me adelantó y se los retiró él. Sus piernas eran fuertes y firmes, tenían un poco de vello, pero era fino. Se puso de pie frente a mí, me miró con cierta condescendencia y se quitó sus sudados calzoncillos. Ese cuerpo, perfecto y armónico, tenía como guinda, un auténtico rabazo dotado de dos grandes huevos. El prepucio era muy moreno, a juego con su espléndido escroto, y cubría totalmente el glande. La vena dorsal de su polla, destacaba a lo largo del falo flácido como una autopista por el desierto. Era una auténtica joya.

Le cogí los huevos, y jugué con ellos, mientras le acariciaba con los labios la punta del glande, que ya empezaba a emerger.

En menos de un minuto, su enorme miembro había duplicado su tamaño, y su dureza era casi extrema. Se la chupé con ahínco, pero él necesitaba más. Me empujó la cabeza hacia sí, pero su pollón no me cabía entero. El glande hacia tope con la garganta. Mientras seguía chupando aquella columna, empezó a acariciarme el culo, llenándose de saliva la mano y violentando mi esfínter con sus dedos. Cuando ya hubo dilatado mi hambriento ojete, me puso de rodillas sobre sofá, dándole la espalda a él. Se agachó, y con ambas manos me separó los glúteos. A continuación, me pasó la lengua por mi culo rasurado y continuó dilatando mi zona rectal. Él sabía que lo tenía entre las piernas, no iba a entrar fácilmente, y se esmero en el proceso de dilatación de mi agujero. Yo, me dejaba hacer, estaba dispuesto a aceptar cualquier práctica que me pudiera ordenar; mientras tanto, de reojo podía ver como su firme nabo estaba a punto de estallar y dejaba caer algunas gotas de fluido preseminal.

—¡Túmbate! —ordenó.

—¿Quieres que te la chupe un poco más? —pregunté, aunque sabía que ni me iba a responder.

Continuó su protocolo coital, y tras colocarme tendido en el sofá boca abajo y con las piernas estiradas, se fue colocando encima de mí para proceder al empalamiento. Le pedí que lo hiciera con cuidado, pero la sangre la tenía concentrada en la polla, y los oídos parecían no percibir mis palabras. Es como si hablara con la pared. Siguió su rutina sexual, introdujo su cabeza púrpura cuidadosamente, pero en cuanto sintió que ésta se encontraba dentro de mí, taladró con fuerza el resto del miembro viril en mis entrañas. Me desgarró por dentro, el dolor era indescriptible, pero el placer aun era mayor. Notaba su cuerpo sudoroso empapando el mío. Mientras bombeaba, mis gemidos mezclaban el éxtasis con el tormento, del que se siente atravesado por un sable marroquí. Aumentó la cadencia, la fricción hacía que sintiera un quemazón intenso en mis maltrechas posaderas, pero ese inusitado ritmo, era la señal del

inminente estallido en mi interior.

No quiso eyacular dentro de mí. Cuando estuvo a punto de emitir su preciado líquido, sacó su rabo y derramó su esperma sobre mi espalda. Los últimos escupitajos los acompañó de sonoros gemidos, y tras apurar hasta la última gota, me ordenó que le limpiara la polla con la boca. No dudé en hacerlo, pese a que se encontraba recubierto de semen, sangre y suciedad de mi intestino, continuaba manteniendo la dureza previa a la corrida. Era increíble, pero seguía queriendo guerra, y yo se la iba dar. De hecho, yo aun no me había corrido.

Se sentó nuevamente en el sofá, y me señaló con la mirada su flamante miembro. Me puse de rodillas y continué chupando sin cesar. Aproveché mi posición para masturbarme a la vez. Cuando noté que iba a volver a correrse, sincronicé las corridas y nos fuimos los dos a la vez. Manché el suelo con mi semen, y escupí el suyo sobre el mío. Estábamos muy cansados, se vistió con rapidez, y me dijo adiós mientras cerraba la puerta de mi casa.

Al día siguiente, volvimos a trabajar. Casualmente, cambiamos de destino. Una vez recogido el campo de Burriana, él se fue a trabajar a otro de Betxí, y Mireia y yo, a otro campo de Almenara. Recoger este terreno, no nos llevó muchos días, y una vez acabado, nos incorporamos al grupo de los marroquíes. Durante esos días, no tuve ningún contacto con Nordin. Únicamente, nos cruzábamos a primera hora y nos saludábamos.

El primer día trabajando con el grupo magrebí, fue un calco a los primeros días. Mireia volvió a ser objeto de deseo de los tres zagales, y yo no fui ajeno a ese juego.

—Mireia, ¿te resulta atractivo alguno de ellos? —le dije, con un gesto de disculpa, por si le sentaba mal.

—¿Quieres que te diga la verdad? —respondió, con mirada sincera.

—Claro, sino no te lo preguntaría.

—Hace un tiempo, antes de ser madre. Me los hubiera follado a los tres a la vez, pero ahora he madurado. Me los follaría de uno en uno.

Nos reímos a gusto. La verdad es que yo hubiera hecho lo mismo, pero si uno me había destrozado, no quiero ni pensar lo que me hubieran hecho los tres a la vez.

Durante unos días, Nordin siguió haciéndose el despistado, estaba claro que no le apetecía mucho quedar otra vez. Esta vez la estrategia, debía de ser la paciencia, y aguantar hasta que un calentón nos volviera a hacer coincidir.

Y como el hombre, no es de piedra. Volvimos a quedar, y volví a sentirme como una fulana sumisa ante un bello ejemplar árabe.

FIN

Libre

Oriento el retrovisor interior, y me dirijo a la ocupante del asiento trasero.

—Buenas tardes, ¿dónde le llevo?

—Por favor, a la Plaza del Caudillo... —lo dice, esperando mi reacción. Y sí, reacciono.

—Me parece que hace treinta años que se llama plaza del Ayuntamiento.

—Bueno, usted lléveme —concluye frunciendo el ceño y dándose cuenta de que no ha ganado un aliado político.

Aunque voy cogiendo todos los semáforos en verde, a la clienta se le nota intranquila. Parece que nació enfadada y aun le dura. Esta mujer sexagenaria, tiene el perfil típico del votante conservador, pelo liso y sobreperfumado, exceso de maquillaje, exhibición de joyas y comentarios facinerosos.

—¡Ay! Como está España hoy en día —se lamenta.

La ignoro. Vuelve a la carga.

—Los socialistas nos van a hundir el país. Lo han llenado todo de inmigrantes y delincuencia. ¿A qué usted lo nota en su trabajo? —insiste.

—Pues la verdad es que yo conozco a muchos inmigrantes y son todos muy trabajadores —le respondo. *Touché*.

Una vez, comprende que la travesía no es lo que esperaba, se lanza al ataque con cualquier excusa.

—Siempre hago este trayecto, y su taxímetro marca más que ninguno. ¿Es que no entiendo por qué no marca lo mismo?

—No creo que difiera mucho, señora.

—¿Me está llamando mentirosa? —exclama indignada.

—No, mentirosa no. Quizás, confundida.

Me detengo al entrar en la plaza. Parece que se acaba el suplicio.

—Son cuatro euros con noventa céntimos.

Me da un billete de cinco, y se queda esperando el cambio.

—Tenga, sus diez céntimos. Adiós.

Se apea del taxi, sin despedirse. «Miss Indignación» se marcha altanera y soberbia; exactamente igual, que como había venido. Está claro, que si quiero ganarme alguna propina, tendré que cambiar de estrategia y tener más mano izquierda con mis clientes. Aunque por diez céntimos, tampoco era cuestión de rebajarse.

Salgo de la céntrica plaza, dirección calle Colón, y recorro un buen trecho sin que nadie me dé el alto. Colón, San Agustín, Guillem de Castro... Y por fin, tres chicas jóvenes levantan la mano. Os quiero.

—Hola, nos llevas a la playa de Las Arenas.

—Por supuesto, estaba deseando ir —les replico, provocando unas risas.

Este perfil es diferente. Hay grupitos de chicas recatadas, otras festeras, unas sueltas y otras preocupadas por los exámenes. Las de hoy, son del grupo calentorras-charladoras, y les da igual quien vaya al volante. Supongo que si fuera el padre de una de ellas, pisarían el freno verbal y no irían tan desmelenadas.

—¿Cómo lo llevas con el Iván? —pregunta la que tengo sentada detrás de mí, a la que se encuentra justo a su derecha. Las tres se han sentado en el asiento trasero.

—Si ya sabes cómo es, estuvo contigo casi un año, ¿no? —le contesta con una sonrisa picarona y a la vez siendo un tanto evasiva.

—Ya lo sé. Pero quiero saber cómo lo llevas. Yo le dejé, porque se follaba a otras tías a mis espaldas. Espero que contigo no haga lo mismo.

—Claro que lo hace, pero por lo menos, me lo follo cuando quiero. Está muy bueno.

Rompen a reír. Se nota, que no le importa lo que piensen los demás y que luce con alegría la cornamenta. Les deja claro a sus amigas, que por ese pollón hará lo que él quiera. Sus amigas, no son capaces de recriminarle su decisión, porque en el fondo, la envidian.

La que ocupa el asiento trasero derecho, entra en la conversación.

—Oye, ¿sabéis quién está con Iván esperándonos?

—Me ha mandado un mensaje. Están Iván, Alfonso, Jorge y Suso; pero creo que Jorge se vuelve con el taxi —contesta la de al lado.

—Cuando lleguemos, no baje bandera, que un chico se irá con usted —me comentan.

—No hay problema —les respondo, sin intención de seguir en la conversación. Prefiero escucharlas a ellas.

La más callada, al enterarse de quienes las esperan, sufre una subida de testosterona, que la pone como loca.

—En serio, que está Alfonso...

—Claro, creía que ya lo sabías —contesta la de en medio.

—No quería verle hoy —miente—; porque ayer, nos enrollamos y cuando se la chupo a un tío, prefiero no verlo en una semana.

Vuelven a desternillarse de risa. Es como si se fueran provocando entre ellas para llegar motivadas al encuentro de sus machos.

—No me dijo ayer que hoy vendría a la playa —insiste la joven mamadora.

—Porque solo quería que se la comieras —responden al unísono sus dos amigas riéndose.

Tras un minuto escaso de silencio, llegamos al destino.

—Allí están. Sentados en el bordillo, junto a la parada del bus.

Al llegar, se levantan los cuatro chavales, todos ellos sin camiseta. Parecen

clonados, con su piel totalmente bronceada, delgaditos y marcando abdominales, el mismo corte de pelo rapado y con una pequeña cresta, gafas de sol, pose chulesca, y todos ellos con el teléfono móvil en la mano. El prototipo de niñato del siglo XXI.

—Espérese un segundo. Que ahora se subirá uno —me recuerda una de las chicas, mientras se van bajando del taxi, y se van repartiendo besos y caricias a sus íntimos y cariñosos amigos.

Sin lugar a dudas, las hormonas las tienen revolucionadas. Son cosas de la edad. Pero, como para no tenerlas, menudos físicos perfectos, tanto ellos como ellas. A los cuerpos atléticos y fuertes de los niños, se les unen las ropas ajustadas y los pechos prominentes de las niñas.

Cuando veo que se acerca uno de ellos, me pongo caliente, es inevitable. Me indica que baje la ventanilla del copiloto, se quita sus gafas de sol, y con sus pequeños ojos azules, me somete a un pequeño interrogatorio.

—Hola, ¿cuánto cuesta ir a Massanassa?

—Hombre, marca unos ocho euros. Entre que cruzamos toda la ciudad y llegamos a tu pueblo, entre veinte y veinticinco euros.

—No me llega. Entre lo que me han dado ellas y lo mío, solo tengo quince euros. Me tendré que ir en bus —me responde cariacontecido.

No estoy dispuesto a dejar perder a ese cliente. Es una buena ocasión para echar el anzuelo en el río de la perversión. Solamente, por su buena presencia y por su viril aroma, se merece un buen descuento. No obstante, intentaré que se gane ese descuento con alguna de mis sutiles estrategias.

—No te preocupes, chaval. Siéntate aquí delante, y ya verás cómo llegamos a un acuerdo —le digo de buen rollo, y con una leve y malévolamente sonrisa.

Se queda dudando unos segundos, pero se sube, mientras se despide de sus colegas y se vuelve a colocar las gafas de sol, tapándose sus preciosos ojos.

En esta ocasión, el perfil del cliente es mi preferido. Un joven, que viaja sólo, al que invito a sentarse junto a mí, que va justo de dinero y con un trayecto largo para camelármelo. Esta vez, me toca llevar la batuta en la conversación. Le ofreceré mi servicio público, intentando ganarme su servicio público.

—¿Por qué no te has quedado con tus amigos?

—Porque van a estar ahí todo el día, y yo voy tieso —contesta, adornando la frase llevándose los dedos índice y corazón de la mano derecha bajo sus ojos, en señal de no tener ni para pipas.

—¿Tan mal vas de pasta? ¿Cuántos años tienes?

—Tengo diecinueve, pero ni trabajo ni nada. Y mis padres, casi están peor que yo —responde, apesadumbrado.

—Hombre, tú podrías sacarte unos euros fáciles. Con tu juventud, si la explotas bien, puedes montártelo bien —le digo, dejando unos segundos de silencio, para que

reflexione y le asalten las dudas.

Por la expresión de su cara, y el silencio que guarda, intuyo que no tiene ni idea de lo que le voy a proponer. El arte de persuadirle, consiste en decírselo con delicadeza, por si se lo toma a mal, que no se ponga violento y monte un número. De momento, tengo que retomar la conversación y dotarla de naturalidad.

—Mira, de momento no te voy a cobrar este trayecto, para que veas que voy de buen rollo —le comento.

—La verdad es que no sé a qué te refieres aun —dice con cierta perplejidad en su rostro.

—¿Tienes pareja? —le pregunto de repente.

—Ahora no, hace cuatro meses que no tengo novia.

—¿Y tenías relaciones con ella? Ya me entiendes...

—¿Y para qué quieres saber eso? —me pregunta sorprendido, con una amplia sonrisa.

—Tú, contéstame, y así lo verás más fácilmente.

—Pues claro. Follábamos cada dos por tres. Yo creo que lo hemos dejado por un atracón de polvos —dice soltando una carcajada.

—Bien. Es que quiero saber la tolerancia al sexo que tienes...

Nos reímos los dos. Me imagino que ya sabría de qué iba mi proposición. Aunque aun le veía algo dubitativo.

—Voy a ir sin rodeos. ¿Te han ofrecido alguna vez dinero por sexo?

—¡Qué va! Ninguna chica me ha querido pagar, aunque tampoco se lo he pedido a ninguna. No sabía que hubiera tías que ofrecieran dinero por eso.

—¿Y algún tío lo ha hecho alguna vez? —en ese momento, metí la pregunta comprometida.

—¡Con un tío! Nunca lo he hecho con ninguno, no me gustan —replicó, con los ojos abiertos como platos.

—No es cuestión de gustos, ni de tener relaciones completas si no quieres. Es, por ejemplo, dejártela chupar por un tío por algo de dinero. Sin ir a más...

Otro momento de silencio. Más incómodo que el anterior, por supuesto. La reacción no había sido del todo negativa, porque daba la impresión que lo estaba sopesando. Sin embargo, estaba un poco verde en ese sentido, por lo que tenía que pulir un poco más al cliente.

En ese momento, le suena el teléfono móvil.

—Dime, Iván... —responde al teléfono—. Sí, estoy en el taxi. Aun no he llegado. Me ha dejado un buen precio, es un tío muy enrollado...

Por la conversación, se notaba que no estaba incómodo. De hecho, le iba a ofrecer la posibilidad de volver con sus amigos, con dinero en el bolsillo.

Acabó la conversación y se metió el aparato en el bolsillo. Sorprendentemente,

retomó la conversación, y parecía que tenía bien claro, de que iba el tema.

—O sea, que me la quieres chupar, ¿no? —me dijo mirando hacia el frente.

—Ya veo que has captado el mensaje. Pero me has dicho que no lo has hecho nunca, ¿no?

—Nunca. Pero me hace falta el dinero. Entonces solo chuparla y ya está. ¿Cuánto me vas a dar?

—Te daré treinta pavos, y te llevo con tus amigos. ¿Te hace o qué?

—Buff... No sé. Es que es muy fuerte. Como se enteren mis colegas, *la lío parda* —comenta susurrando, pero en pocos segundos despeja la incógnita.

—Trato hecho. Espero que se me ponga dura.

Ya estábamos a las afueras de la ciudad. Me desvió a una zona deshabitada y apartada, porque aún es de día, y liarnos en el coche requiere algo de discreción. No advierto intranquilidad en Jorge, se nota que esta generación trabaja la polla muy de vez en cuando.

Cuando ya estamos detenidos, cojo papel higiénico de la guantera y un botellín de agua, y nos ponemos en posición.

—Vamos a ponernos en los asientos de atrás. Es más cómodo, y más discreto —le digo. Me hace caso y me acompaña al asiento de atrás.

Se sienta en la parte de atrás y no espera ningún preliminar. Se desabrocha el botón del pantalón y se lo baja hasta los tobillos, a continuación hace lo propio con sus ajustados calzoncillos azules, dejando a la vista un pene moreno y flácido. El tono de toda su piel es de un tostado integral, incluidas sus partes más masculinas. Sus piernas pobladas de vello, culminan con una mata de vello púbico enorme, del que asoma un apetitoso miembro.

Empiezo a acariciarle las piernas y el torso antes de atacar sus genitales. Mientras me recreo en la exploración, el chico echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Imagino que para centrarse e imaginar que él que le toca es una de sus calientes amigas. Poco a poco me voy acercando a su descapullado nabo, y una vez en él, deslizo suavemente su fino prepucio. Mientras, le voy palpando los testículos, y su pene comienza a tomar cierto volumen. Se le ve relajado, pero no le noto del todo a gusto; por lo menos, es como me gustaría que estuviera. Cuando su polla se encuentra visiblemente endurecida, me la introduzco con cuidado en la boca, y recorro la parte inferior del tronco fálico con la lengua, provocando un gemido del chico. Parece que está pillándole el gusto a su primera relación con otro hombre.

—¿Estás bien, Jorge?

—Sí. Es como con una tía. Se nota que no es la primera que te comes un nabo.

—Ni la última —le digo sin sacármela de la boca—. ¿Cuándo ha sido la última vez que te has corrido?

—Anoche, pero yo recargo pronto. Cuando me vaya a correr, ¿dónde lo hago? No

creo que tarde mucho.

—Cuando estés a punto, me pones la mano encima de la cabeza, y te corres en la boca. Así sabré que te vas a ir, y no me lo trago.

Continué la faena. No iba a tardar en escupir su lefa, así que quería aprovechar el tiempo y disfrutar ese regalo en forma de chico obediente y bien dotado. Estaba con una erección intensa, y por fin sucumbió. Gimió de gusto, y expulsó todo el contenido de sus enormes huevos. Abrí la puerta y lo escupí.

—Ibas cargado, ¿eh?

—Como siempre, no ha estado mal y me pagas. Estoy hay que repetirlo —gritó sonriente, mientras se limpiaba la punta del nabo.

—Pero en un sitio más cómodo que éste, por favor.

Volvimos a los asientos delanteros, y reiniciamos la marcha, de vuelta a donde se encontraban sus amigos. Sacó el teléfono y llamó a sus colegas eufórico.

—Iván, ¿dónde estáis?

Su amigo le respondió y le dio las instrucciones para poder reunirse con ellos en la playa.

—Perfecto. Voy para allá. Me han dado dinero mis padres, ahora os llamo cuando llegue.

Colgó. Se quitó la camiseta y reclinó ligeramente el asiento. Tenía un aspecto angelical, le faltaban las alas para salir volando.

Veinte minutos después, llegamos al lugar donde le recogí y allí estaba su colega esperándole.

—Oye, cuando necesite dinero, ¿te puedo llamar? —me preguntó, sabiendo la respuesta de antemano.

—Claro, si es de noche, mejor —le respondí dándole una tarjeta con mi número de teléfono.

Menudo calentón que llevo ahora. Dejo al niñato recién eyaculado y yo con los huevos a punto de reventar. Continúo la marcha, y pocos metros más adelante, me levanta la mano una pareja de alegres monjitas.

—Buenas tardes, pasen, ¿dónde las llevo?

—Hola, buenas tardes, que calor hace. Por favor, a la parroquia de Santa Teresa. ¿Sabe dónde es?

—Sí, claro.

Esta situación, paradójica y curiosa a la vez, se me ha dado en varias ocasiones. Después, de tener relaciones con algún cliente en el asiento trasero, el siguiente servicio ha sido con alguien del clero. Suerte, que en esta ocasión, son dos simpáticas monjitas acaloradas.

Tras dejarlas en su parroquia, e intercambiar algunos puntos de vista diferentes sobre la sociedad actual, se apean la parejita, con educación y una pequeña propina.

Pequeña, pero propina al fin y al cabo.

Decido tomarme algo fresco para rebajar el acaloramiento de la relación con el chico, y porque estoy demasiado encendido como para seguir circulando. Entro en el Bar Marea Baja del emblemático y castigado barrio de El Cabanyal, y me pido un café del tiempo para refrescar la garganta, aun ocupada por algún resto viscoso de mi buen amigo Jorge.

Dos días después, viernes noche

Espero que la noche sea movida, porque está la cosa muy parada. Después de cenar, y ya con unas cuantas horas de trabajo realizadas durante el día, salgo a recorrer la ciudad, y a los pocos minutos me entra un servicio desde la emisora: «Jessica. Avenida Ecuador, 88. Le espera en la puerta». Voy para allá.

No veo a nadie en ese portal. Toco el timbre.

—Buenas, ¿ha pedido un taxi?

—Sí, ¿pero no le han dicho que esperara abajo? —responde de mala gana.

—Me han dicho que estaría abajo, y como no la veo, pues le llamo. Aquí la espero.

No es la primera vez que me quedo esperando media hora a nadie, y yo no cobro por horas. Otra discusión para empezar bien la noche. A los diez minutos baja la clienta.

—Por favor, lléveme al principio de la avenida Peris y Valero. Donde está el club La Oca Azul. ¿Lo conoce?

—Claro. Recojo a bastantes clientes de ahí.

Dentro de la fauna nocturna están las prostitutas. Normalmente, son buenas y agradecidas clientas, dependiendo de cómo les haya ido la noche. Pero de momento empezamos mal, por el asunto del timbrado. No obstante, como presumo que es una clienta habitual, voy a quitarle hierro al encuentro y a acercar posturas.

—Jessica, la próxima vez que pidas un taxi, especifica que no se llame al timbre. Porque solo me ponía que estarías en el portal, entonces si no estás cuando llegamos, podemos pensar que has cogido otro taxi. Suele pasar, no es la primera vez.

—Ya lo sé. Hace tiempo cogí uno por equivocación, pero soy clienta habitual y sé a quién tengo que esperar. Pero no te preocupes, no pasa nada, no me he enfadado —respondió sonriendo.

Suenan dos pitidos largos. Es mensaje de mi teléfono móvil. Espero a detenerme en un semáforo, y lo leo. Menuda sorpresa es de Jorge, el chiquito del otro día: «Hola taxista. Soy Jorge. El chico del otro día. Necesito algo de pasta. Mi polla quiere verte. Llámame». Esta juventud tiene algo que engancha, en cuanto deje a mi clienta, voy a por él.

—Jessica, ¿quieres que pase luego a recogerte? —le pregunto al llegar al destino.

—Claro. A las cinco acabaré. Espérame aquí, pero no enciendas el taxímetro, ¿vale? —me responde mientras me da diez euros para abonar una carrera de ocho euros con veinte céntimos—. Y quédate el cambio.

—De acuerdo, aquí estaré. Hasta luego —le digo agradecido y ansioso por llamar a Jorge.

Me adelanto unos metros, y me aparto de la circulación. Cojo el teléfono, busco en la agenda y llamo a Jorge.

—Jorge, acabo de leer tu mensaje, ¿qué tal?

—Bien, en casa. Esperando a que llamas.

—Necesitas liquidez, ¿no? —le digo con cierta ironía.

—Como siempre. ¿Te puedes pasar por mi pueblo a por mí? Y hacemos algo...

—Claro, en un cuarto de hora estoy ahí. Te espero en la entrada de la carretera vieja, donde está el supermercado.

—Vale, ahí te espero.

Apago el módulo del taxi, y me dirijo al encuentro de mi atlético zagal. Salgo de la capital, me incorporo a la autovía y seis kilómetros después me salgo de ésta. Llego al lugar en menos tiempo del previsto, y veo a Jorge que ya se encuentra esperándome.

—Sube Jorge.

—Hola, no sabía si trabajabas hoy.

—Yo siempre trabajo, chaval —le digo mientras nos reímos ambos.

Reanudo la marcha buscando algún lugar a las afueras de su pueblo donde poder montar una pequeña orgía improvisada.

—Hoy me hacen falta cincuenta euros. Si hay que hacer algo más, me lo dices y ya está.

Se le notaba muy decidido, así que era momento de probar cosas nuevas, pero sin excederse.

—Pues para ganarte ese dinero... ¿Te has follado un culo alguna vez?

—Muchos, pero de tías. Podemos probar, pero no sé si me podré correr, ni siquiera sé si se me pondrá dura...

—Probaremos, no te preocupes, si ves que no puedes ya volveremos a la típica comida polla, que eso sé que te va bien.

Una vez fuera del pueblo, tomo una carretera secundaria, y una vez allí me desvío por un camino de tierra que da acceso a unos campos de alcachofas. Estacionamos junto a una caseta de campo deshabitada, ocultando el taxi tras ella para no ser vistos desde la carretera.

Sin decirle nada. Se desnuda completamente y se pasa al asiento trasero. Hago lo mismo, aunque me cuesta un poco más, no estoy tan ágil como él.

—Mámamela un poco —me dice mientras se acomoda y se concentra en la faena.

Antes de metérmela en la boca, se la acaricio con ternura. Con el simple rozamiento de mi mano sobre su tierno prepucio y su rugoso escroto, empieza a percibirse como su polla recobra el movimiento y despierta de su flacidez. Inicio un movimiento rítmico de su piel, comenzando una ligera masturbación, confundiendo a su rosado glande con tanto ir y venir. Una vez adquiere la rigidez suficiente, emprendo un recorrido afanoso con mi lengua a lo largo y ancho de su tronco fálico, provocando la completa erección de su juvenil nabo.

—Ahora es el momento de follar. Te toca moverte —le digo.

—No. Es mejor que yo me siente en medio del asiento y tú te la metas por el culo.

—De acuerdo —le respondo, mientras abro un bote de lubricante y me lo aplico al ojete y a su vivo miembro.

Lentamente, me la introduzco a sabiendas de que no va a ser muy doloroso, ya que el calibre de la misma no es muy acusado. Se puede decir que tiene las dimensiones para una penetración perfecta. Poco a poco, va entrando. Centímetro a centímetro. Una vez dentro, me fijo en el semblante del chico, y observo como mantiene los ojos cerrados, pero se le adivina una ligera sonrisa. No cabe duda, que todo lo que sea vicio, le gusta a este chaval.

El bombeo empieza a ser cadencioso. No le imprimo demasiada velocidad, para evitar una corrida precoz, y de repente despierta la ferocidad indomable de Jorge.

—Anda, quita —me dice, sacando su polla erecta de mi culo hambriento.

Se levanta dentro del vehículo, me pone de rodillas mirando hacia la parte trasera y sin más dilación, me vuelve a montar con fuerza. Le imprime una presteza a la enculada, que por momentos piensa que me voy a correr antes que él. Acelera por momentos, incluso se permite el detalle de azotarme la nalga derecha mientras me cabalga. Empieza a gemir, yo me contagio de sus gemidos, y los repito sin rubor. Por fin, descarga toda su carga espesa dentro de mi dolorido recto, y a la vez, lleno la funda del asiento con mi blanca corrida.

Abro las puertas del coche, y salimos los dos sudados. Nos vamos vistiendo y me pide que pasemos por su casa, para poder darse una ducha rápida y poder reunirse con sus amigos sin oler a follada reciente. Por supuesto, le respondo afirmativamente.

Mientras le espero, retiro la funda del asiento trasero, para evitar que se quede pegado algún cliente inocente. Una vez limpio y arreglado, sale Jorge de su casa y le llevo donde le esperan sus hermosos amigos y sus preciosas amigas. Me guiña un ojo, y se despide con un gesto amistoso.

—Otro día hablamos, ¿vale? No creo que tarde mucho en llamarte —me dice mientras se baja del taxi y le da un beso a la primera chica que se acerca.

Son las cinco de la mañana, la noche ha sido intensa, por suerte después del polvo he tenido bastante trabajo, y me dispongo a realizar la última de la noche.

—Jessica, ¿a casa?

—Sí, claro. Gracias por venir. Vámonos rápido que tengo el coño ardiendo de tanto trabajar.

FIN

Una familia como Dios manda

Hay momentos en los que creo que se puede nadar contracorriente sin que se percate ninguno de los que me rodea, pero otras veces, se me viene el mundo encima.

Soy el segundo de seis hermanos. Por encima de mí, está Jesús que tiene veintidós años. Yo, Javier, que cumplí los diecinueve el mes pasado. Y por detrás de mí, está Lourdes con dieciocho años, Juan de dieciséis años, Fátima de catorce años y Rosario con diez años. Junto con nuestros padres, formamos la típica familia española tradicional, y como buenos católicos, formamos parte del movimiento Neocatecumenal, siendo partícipes activos de todas las actividades que se desarrollan, dentro de nuestra doctrina cristiana.

Mi historia comienza, en un encuentro de familias previo a la visita de Su Santidad el Papa Benedicto XVI a la ciudad de Valencia, en julio del año dos mil seis.

Sin duda, es un año que recordamos con inmensa alegría, ya que nuestro líder espiritual visitaba nuestro país y, más concretamente, nuestra querida ciudad. Pero para mí tiene otro recuerdo imborrable. Un recuerdo secreto y hermoso. Algo que tengo que guardar para mí, y que mi querido amigo Rubén, también guardará para sí.

Previamente a los actos principales, realizamos una convivencia de fin de semana en el monasterio de los jesuitas de Cuenca, y fue allí donde conocí a esa persona tan especial, tan delicada y tan humana, que se llama Rubén.

Corría el 15 de abril de 2006, cuando varias familias —todas numerosas como la mía— a bordo de dos autocares, nos dirigimos al referido Monasterio desde Valencia. En principio, se pretendía que fuera una convivencia más, basada en la oración y el recogimiento, para estar mejor preparados ante la inminente visita de Su Santidad.

Salimos muy temprano, aún de madrugada, y llegamos al Monasterio a primera hora de la mañana. Allí nos esperaban una congregación de jesuitas, de aproximadamente treinta miembros. Al apearnos del autobús nos esperaban cuatro de ellos, todos de madura edad. Nos ayudaron a bajar el equipaje, y nos fueron alojando en el espacioso recinto. Prácticamente, todas las familias tenían entre cuatro y ocho hijos, y la nuestra no era una excepción. Nos fueron ubicando en unas celdas de gran tamaño, dentro de las cuales, cada familia ocupaba un espacio único para todos sus componentes.

Una vez fuimos dejando los enseres dentro de las habitaciones, nos llevaron al comedor donde nos tenían preparado un desayuno, austero pero suficiente. Fue allí, cuando estando junto a mi familia, vi por primera vez a Rubén. Era el único joven de toda la congregación, un novicio de primer año que llevaba siempre una indeleble sonrisa en su cara. Pasó varias veces, fue sirviéndonos algo de bollería hecha por ellos, y cuando se detuvo a la altura de donde me encontraba, no pude reprimir

dirigirme a él.

—Gracias. El desayuno es fantástico. ¿Siempre desayunáis esto? —le pregunté.

—Nunca. Lo hemos hecho hoy para recibirlos, seguro que os lo merecéis —me contestó mirándome fijamente a los ojos, y con una sonrisa rutilante.

—No seas tan atrevido, Javi —me reprendió mi madre, mientras se excusaba ante el joven jesuita.

Fue un momento que ha marcado siempre mi existencia. Hasta entonces solo pensaba que la atracción física, únicamente se podía tener hacia personas del sexo contrario; pero en ese momento, mi cuerpo sucumbió a una fuerza hasta entonces desconocida por mí.

Después del desayuno, nos llevaron a todos a una gran sala llena de pupitres, y uno de los monjes más caracterizados llevo a cabo unos Ejercicios Espirituales durante tres horas. Se me hicieron eternas. Intentaba concentrarme en las palabras de nuestro anfitrión, pero mi cabeza estaba alejada de ese lugar. Nunca hasta ese momento, había sentido ese sentimiento con la fuerza con que lo estaba padeciendo en ese momento. Mis bases del pensamiento, por las que había estado rezando y creyendo ciegamente hasta ese instante parecían desmoronarse. Cómo era posible que un chico como aquel, pudiera producir en mí esa zozobra y ese desasosiego. Pues era algo tan cierto como real, lo estaba viviendo en mis carnes. No lo sentía como una atracción impura, ni tan siquiera como una persuasión sexual, era algo intangible, era un deseo irrefrenable hacia ese chico que quizás, tendría un par de años más que yo.

Llegó la hora de comer. Volvimos al comedor, y allí esperaba volver a verle. Así fue.

Necesitaba hablar con él, pero tendría que ser después de la comida, porque era imposible irme de allí sin llamar la atención.

—Madre, después de comer me gustaría recorrer el monasterio para poder entender mejor como viven aquí los jesuitas.

—Claro, Javi. Pero no les incordies, que bastante faena tendrán ya como para que les vayas dando más dolores de cabeza.

Una hora después, todas las familias se fueron retirando, unas a las habitaciones para ir ordenando sus cosas, otras al patio central para disfrutar de la excelsa tranquilidad que allí se respiraba, y yo en busca del novicio de la eterna sonrisa.

Me fui apartando hacia un lateral del inmueble, y comencé a recorrer el perímetro de las instalaciones. Parecía que la intuición estaba de mi parte. Al llegar a la parte trasera, allí se encontraba Rubén fregando todos los cacharros de la comida.

Al verme llegar, como no, sonrió y me habló:

—Hola, Javi, ¿qué haces por aquí?

—¿Cómo sabes que me llamo Javi? —le dije sorprendido.

—Porque fue como te llamó tu madre, no te creas que soy adivino.

Reímos ambos. Tampoco había que ser muy listo para haberse dado cuenta, pero en ese momento estaba un poco atontado.

—Pues ya que sabes mi nombre, dime el tuyo.

—Rubén, para servirte a ti y a tu familia.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? Me he quedado sorprendido al ver a alguien tan joven aquí.

—Mañana hará un año que ingresé en la comunidad. Llevaba tres años estudiando en el seminario, y tenía ganas de pasar por esta experiencia.

—¿De dónde eres? Si no es mucho preguntar.

—No te preocupes. Soy de Fraga, un pueblo de Huesca. Pero he vivido casi toda mi vida en Zaragoza.

—Yo soy de Valencia. Siempre he vivido ahí. Ahora estoy estudiando en la universidad católica. Pero no creo que me llame vivir en un sitio así.

—Todo es acostumbrarse, Javi. En mi caso, entré en este mundo porque tenía dudas sobre mi propia existencia. Había situaciones en las que mi cuerpo me pedía cosas que mi cerebro rechazaba.

En ese momento pensé que quizás le ocurrió, lo que a mí me estaba pasando en esos mismos momentos.

—Pero será mejor no hablar de mis cosas —me dijo torciendo un poco el gesto.

—Rubén, de verdad que me gustaría que me hablaras de eso. Quiero saber si a mí me puede ocurrir esa misma circunstancia.

—Pues te contaré lo que me ocurrió. Pero si me ayudas a fregar toda esta vajilla —me dijo partiéndose de risa.

—Por supuesto, mientras te ayudo quiero conocerte a fondo.

—Yo viví hasta los catorce años en mi pueblo, y entonces nos trasladamos a Zaragoza. Fue allí, donde a los pocos meses empecé a salir con una chica, Vanessa. Tenía mi edad, y estudiaba en el mismo sitio que yo. Nos llevábamos muy bien, y nos apreciábamos mutuamente.

Entonces se detuvo y se quedó en silencio.

—¿Y qué pasó?

—Había otra persona. Alguien con quién apenas tuve relación, pero que ejercía una fuerza muy intensa sobre mí.

—¿Otra chica?

—No, Javier. Un chico, se llama Luis. Era un año menor que yo, pero era realmente especial. Sentía una atracción intensísima hacia él. No sé a qué se debía, pero era algo atípico. Seguramente sería antinatural, es lo que nos dicen las Escrituras, pero lo que yo sentía hacia él era verdadero amor. ¿Cómo se puede renunciar al amor hacia otra persona, sea quien sea? ¿Cómo se puede juzgar a una

persona que ama al prójimo y que daría la vida por él? Por eso me tuve que decidir por retirarme a la oración, porque es posible que me estuviera desviando del camino correcto.

—Rubén, eso que acabas de decir no lo había sentido nunca, pero... —no podía continuar.

—¿Pero qué? Si yo te abro mi corazón, espero que tú confíes en mí también.

—Perdona. Resulta que esta mañana cuando te he visto en el comedor, me dabas la sensación de ser alguien que me aportaba algo excepcional. Algo parecido a lo que me has contado que te pasó. Una especie de atracción fatal, que a la vez me hacía sentir culpable, por sentirme atraído por otro hombre. Pero a la vez, me preguntaba: ¿A quién hago mal, por sentir una energía positiva hacia esta persona? Y cuando ahora me has dicho que sentiste amor hacia un hombre, me he sentido identificado.

Guardamos silencio los dos durante un instante y continuamos fregando. Únicamente se oían los golpes que se daban entre sí, platos, cubiertos y cacerolas. Pero no pude evitarlo, puse mi mano izquierda sobre su mano derecha, y ambos paramos, nos quedamos inmóviles, es como si se hubiera detenido el tiempo. Con mis dedos, apreté la palma de su mano y él presionó mis dedos, mirándome de soslayo. Me entendió. Él había sentido lo mismo que yo, aunque en otro momento y en otro lugar. Pero descubrí que esa sensación no me era exclusiva, y creo que definitivamente no era antinatural. ¿Cómo va a ser algo impuro amar al prójimo? ¿Qué Dios podría limitar el amor entre sus hijos? En que cabeza cabe, que un ser todopoderoso y lleno de amor, pueda castigar algo tan humano y espiritual como la entrega total a otra persona, sea del género que sea.

—Javier, ¿dónde estabas? Te llevo buscando media hora —me dijo mi hermano Alfonso, acercándose a donde me encontraba.

—Estaba aquí ayudando a Rubén. Ya hemos acabado con todo lo que había para fregar, si no le ayudo se hubiera tirado hasta la hora de cenar —le dije, mirando a Rubén con un guiño de complicidad.

—Gracias, Javi, ha sido un placer conocerte. Es cierto, no hubiera acabado de fregar hasta las ocho —comentó, iluminándonos con su perfecta sonrisa.

Esa fue la primera y única vez que hablé con Rubén. Me hizo ver las cosas de otra manera y replantearme las directrices de la Iglesia Católica en muchas de sus posturas.

Años después, sigo creyendo en Dios, aunque no comparto los puntos de vista rancios y desfasados de la cúpula eclesiástica. Sin duda, la base de la comunidad cristiana difiere de las altas esferas, en muchas de las situaciones que ocupan y preocupan a la sociedad actual. El amor entre personas del mismo sexo seguirá siendo una asignatura pendiente de casi todas las religiones, pero aun así, seguirán

habiendo jóvenes creyentes que amen a sus semejantes, independientemente del sexo al que pertenezcan.

FIN